héroes del ESPACIO

RESCATE EN MEDON

ERIC SORENSSEN



Edward Ballington, un aparejador que trabaja haciendo planos y controlando materiales de construcción, tiene de forma recurrente un sueño fantástico en el que una vaporosa mujer, Kyra, le pide ayuda. En el sueño aparecen muchas cosas que no comprende, pero sobre todo aparece una palabra misteriosa: Medon.

Edward está obsesionado con el sueño y ello le lleva a hacer investigaciones infructuosas hasta llegar al Círculo Cósmico, que son los únicos para los que la palabra Medon tiene sentido…



Eric Sorenssen

Rescate en Medon

Bolsilibros: Héroes del Espacio - 164

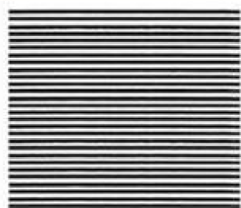
ePub r1.1
Titivillus 12.08.2020

Título original: *Rescate en Medon*
Eric Sorenssen, 1982
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

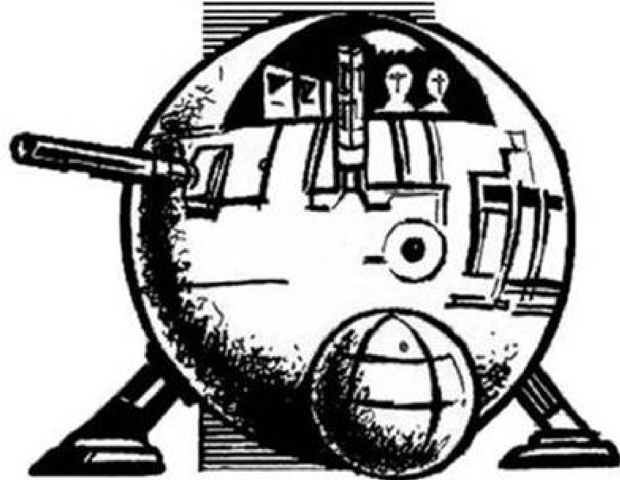
ePub base r2.1





héroes del ESPACIO





CAPITULO PRIMERO

—¡Kyra!

Sabía que era imposible. Que ella no le oiría. Que nunca podría oírle. Y, sin embargo, volvió a repetir el nombre amado: «¡Kyra!».

Todo era inútil. Sutiles pero inexpugnables ingenios electrónicos les separaban. Ella seguía tendiendo sus manos hacia él, implorando ayuda, rogándole que la liberara de esa prisión de rayos láser, células fotoeléctricas y muros de antimateria, pero también ella sabía —tenía que saberlo— que era un ruego destinado a perderse en la inmensidad del Cosmos.

Y, por supuesto, tampoco podía oírle. Demasiadas interferencias exquisitamente programadas. La música de los pájaros y de las astronaves. La Canción del Huracán, el Baile de los Enanos, la Atracción del Abismo. Todo perfectamente preparado para que su voz humana, pletórica de amor y esperanza, no pudiese ser escuchada por la mujer a la que amaba más que a nada en el mundo. No, no; esa era una frase hecha. «¡Kyra, yo te amo más que a nada en el Universo! ¡No hay en todas las galaxias amor comparable al mío!».

Calló, porque recordó que estaba gritando al vacío infinito. A pesar de que los blancos y bien torneados brazos se alargaban hasta casi tocar su rostro, él sabía que nunca podría establecerse el contacto. Sabía que, aunque la distancia entre la punta de esos adorados dedos y su propia piel pareciese ser de pocos centímetros, en realidad era de millones de años luz. Una distancia infinita…

Sí, lo sabía, pero aún así ¿podía permitir que su amada siguiera sufriendo el horripilante cautiverio? Ella confiaba en él, ella sabía que de todos los seres de la Tierra y tal vez del Universo entero, él era el único que la amaba lo suficiente como para ser capaz de liberarla. Sí, ella confiaba sólo en él. Y él, ¿podía acaso defraudarla?

—¡Voy a liberarte, Kyra! ¡Dime dónde estás!

Los brazos, como implorantes alas de un joven y moribundo cisne, seguían pidiendo ayuda, pero su dueña nada decía, porque no podía oírle.

—¡Quiero ayudarte, Kyra! ¡Por favor, dime dónde estás!

Ninguna respuesta, claro. Y, sin embargo, como siempre, una palabra sin sentido —«Medon»— se formó en la mente del enamorado.

—¿«Medon»? ¿Qué es eso? —imploró—. ¿Es una ciudad, un país…? ¡Dime dónde está y te juro por mi vida que iré a salvarte!

Kyra (los brazos de Kyra) se alejaban. La maraña electrónica se espesaba y la antimateria avanzaba hacia ella. Iba a absorberla. A tragarla. A hacerla suya.

—¡Kyra, no! ¡No lo permitas!

Pocos segundos más y ella sería también antimateria. Ya nunca se produciría la cópula fecunda del amor. Sólo nada. Sólo nada… Sonaba ridícula la frase y, sin embargo…

No, no. No había tiempo para juegos de frases y palabras. ¡Kyra estaba a punto de ser poseída por la antimateria! De hecho ya sus largos y finos dedos desaparecían de la vista, envueltos en una especie de nube gris y viscosa.

Una voz se rebeló en su interior: «Pero, si de antimateria se trata, ¿cómo puede ser visible y, en definitiva, materia?». Comprendió que era una trampa de los enemigos —de los que tenían prisionera a Kyra— y no cayó en ella.

Ya no cabían gritos ni razonamientos. Sólo había tiempo para la acción. Sin medir las terribles, mortales, definitivas consecuencias que se derivarían de tal acto, saltó sobre las mallas de rayos láser, células fotoeléctricas y antimateria, en un desesperado intento de contactar con la muchacha, que se disolvía ante sus ojos.

No lo logró, pero sintió su nariz y su boca llenándose de antimateria. «Así que ésta es la muerte que los enemigos me tenían preparada…». Asfixia. Asfixiado por la antimateria.

Se revolvió sobre sí mismo intentando, por una parte, liberar su respiración y, por la otra, no renunciar al rescate de Kyra. Sabía que ambas cosas eran imposibles de lograr. Si se retiraba, aún podría salvar su vida. Pero no estaba dispuesto a que la muerte de Kyra fuese el precio que tenía que pagar por ella. En lugar de retroceder, siguió avanzando a la desesperada, mientras sus pulmones se

disponían a estallar…

En ese crucial y último instante despertó. Abriendo la boca para que el aire llegara más pronto a los pulmones, alzó su cabeza del revoltijo de sábanas, mantas y almohada en el que se había hundido. «Otra vez…», pensó, entre la curiosidad y la fatiga, cuando el vivificante aire inundó, por fin, su pecho.

Después, como lo hacía siempre que soñaba el «Sueño», apartó las mantas y se dispuso a darse una ducha fría.

A sus veinticinco años, Edward Ballington era un muchacho como tantos otros. El año anterior había terminado sus estudios de aparejador y ahora trabajaba haciendo planos y controlando materiales en la importante John Aldison & Company, empresa de construcciones generales. Era soltero y prefería los «ligues» ocasionales a los comprometedores noviazgos. Desde que llegara a Londres para estudiar en la Universidad vivía solo, primero en una pensión para estudiantes, ahora en un pequeño pero confortable apartamento no demasiado lejos de Oxford Street. En general, sus aspiraciones se limitaban a fines de semana en agradable compañía, dinero para esos fines de semana. Y para ropa, tabaco, libros y cerveza, y alguna charla amable con los compañeros de trabajo. Una vida sencilla y sin complicaciones…

Hasta que apareció el «Sueño».

La tarde del 9 de noviembre de 1998 se presentó un poco más fría, pero mucho menos lluviosa que las de los días precedentes. Edward, como casi todos los londinenses, se había admirado un par de días antes contemplando la casi increíble escena de un Támesis desbordado y arrastrando todo lo que encontraba a su paso. Pero ahora las aguas habían vuelto a su cauce y la borrasca que, iniciada en Irlanda, barrió las Islas y el Continente ya había cumplido su ciclo, dejando tras de sí decenas de muertos y millones de libras de pérdidas.

A pesar de tanto dolor y destrucción no era esto lo que preocupaba a Edward mientras salía de la empresa, a las seis y cuatro minutos de la tarde, sino la repetición del sueño. ¿Por qué soñar, cada vez con más frecuencia, con esa hermosa muchacha prisionera, que adelantaba sus brazos hacia él en demanda de ayuda en medio de un decorado de película de ciencia-ficción?

Todo había empezado un mes y medio antes, pero en esa

primera oportunidad no se preocupó en absoluto. En parte porque era la primera vez que «Kyra» aparecía en su mente, y en parte aún mayor porque la noche anterior había cenado copiosamente con los compañeros de la sección para despedir a una chica que era transferida a una filial de París.

Pero el «Sueño» volvió a hacerse presente una y otra vez. Primero lo soñaba cada cuatro o cinco noches, pero últimamente ese lapso se había reducido a tres y hasta dos noches. Y siempre despertaba casi asfixiado y con una sensación de angustia que, aunque su razón califica tal sentimiento de «ridículo», no le abandonaba durante buena parte de la vigilia.

—¡Edward! ¿Nos tomamos una copa?

Se volvió, sorprendido al ser arrancado de sus pensamientos, para encontrarse con Tony Brewster, un arquitecto de alrededor de cuarenta años y más inteligente que el término medio de los empleados de la empresa. Relacionó esta circunstancia con su preocupación por el «Sueño» y cambió su ya esbozado gesto de negativa por un:

—Hombre, Tony… Sí, vamos a tomar una copa. Se sentaron ante una mesa del New London. Allí la cerveza negra no era tan buena como en The Mouse and the Lion, pero el lugar era mucho más tranquilo. Hablaron del trabajo y de la borrasca de los días anteriores antes que Edward se decidiera a sacar el tema que le preocupaba. Y, aún cuando se decidió, no lo abordó directamente.

—Oye, Tony, ¿tú crees en los sueños? El otro lo miró sin comprender.

—¿Cómo que si creo en los sueños? Yo tengo sueños, como todo el mundo.

—Me refiero a si crees que los sueños puedan tener alguna importancia.

—Ah, ya caigo. Tu pregunta es si creo en que los sueños sea la forma que los dioses han adoptado para comunicarse con los humanos…

Edward aventó la broma con un movimiento de su mano. No estaba para chistes.

—Deja en paz a los dioses —dijo—. Mi pregunta es…

Tony comprendió que su amigo hablaba en serio y se puso a la altura de las circunstancias.

—Perdóname. Mira, no tengo una opinión formada sobre el tema, pero no descarto que pueda haber lo que creo que se llaman «sueños premonitorios». Es decir, sueños en los que Dios, el subconsciente, la mente, o lo que sea, avisan al individuo de peligros o felicidades que están al venir. ¿Es ese tu caso?

Edward refirió con lujo de detalles el «Sueño». El otro permaneció durante varios minutos en silencio, para después decir:

—Chico…, pues no sé. No te ofendas por la pregunta, pero ¿no has visto últimamente alguna película de ciencia-ficción o leído algún libro…?

Edward esbozó un gesto de detención.

—Ya he pensado en eso. No, no he visto ni leído nada parecido. Si quieres que te diga la verdad, no me gusta la ciencia-ficción. Veo películas de guerra o de aventuras y leo libros de viajes o novelas de amor.

—Hum… —se desconcertó Tony, aunque volviendo de inmediato a la carga—. ¿No es posible que hayas visto en alguna revista una ilustración similar o leído algo que de alguna manera…?

—Mira —Edward se estaba impacientando—, hace un mes y medio de esto y en ese tiempo he considerado todas las posibilidades que podríamos llamar «racionales», «lógicas», o como quieras llamarlas. No hay nada de eso. Nunca conocí a una chica llamada Kyra, ni vi nada parecido a lo que veo en mi sueño —esta vez, en atención a Tony, pensó la palabra con minúscula—. Y puedes creerme que el asunto está empezando a preocuparme —concluyó, con voz sorda.

El tono motivó una larga mirada y un nuevo silencio por parte del arquitecto. Después dijo:

—¿Tanta importancia le das al asunto?

—¿Y cómo no quieres que se la dé? —Edward acompañó sus palabras con un nervioso encogimiento de hombros—. Este sueño me arruina las noches y me persigue durante el día. Pensarás que exagero, pero me paso la vigilia pensando si podré dormir en paz o tendré que caer en la pesadilla y en la asfixia…

—Oye, tengo entendido que hay algunos trastornos orgánicos que provocan sueños molestos…

—Hace quince días me hicieron el chequeo de rutina en la empresa. Estoy muy sano.

—Siendo así…

Edward volvió a la realidad y miró con afecto a su amigo.

—Perdóname, Tony —dijo—. Parece como si te estuviese echando a ti la culpa de mi pesadilla —era la primera vez que designaba así al «Sueño» y se sorprendió por haberlo hecho. Más aún, sintió como si hubiera traicionado a Kyra.

—… Puedo servirte de ayuda —estaba diciendo Tony.

—Perdona, no te he oído.

—Te decía que yo de ti no le daría importancia al sueño. Un día desaparecerá y no volverás a acordarte de él, pero…

—No quiero que desaparezca.

Tony lo miró con ojos que denunciaban su asombro.

—¿Qué has dicho?

Edward pareció volver desde muy lejos.

—¿Que qué he dicho? ¿A qué te refieres? El otro le lanzó una mirada de sospecha.

—Escucha, Ballington —no era buen signo que le llamara por el apellido—, ¿me estás tomando el pelo?

—¿Con lo del sueño? ¿Es que tengo aspecto de estar tomándote el pelo? —se indignó el aludido.

—No, supongo que no —tuvo que reconocer su amigo—. Pero, siendo así, ¿por qué has dicho semejante cosa?

—¿Pero qué demonios he dicho?

—¿En serio no lo sabes? —inquirió Tony, aún dudando.

Edward respondió con un gesto obsceno.

—Pues mira —condescendió el otro—, cuando yo dije que el sueño un día iba a desaparecer, tú saliste con un «no quiero que desaparezca», que me dejó de una pieza.

—¿De verdad he dicho yo eso? —el tono y el rostro de Edward reflejaban bien a las claras el estupor que le dominaba.

—Sí, claro… ¿Es que no lo recuerdas? —empezó a preocuparse Tony.

—No. Y no sé por qué puedo haberlo dicho… Pero en realidad, lo sabía. Se trataba de Kyra. No quería perderla para siempre en el infranqueable laberinto en el que se pierden los sueños que no se vuelven a soñar. Comprendió una vez más que su amigo le estaba hablando.

—Perdona, me distraje.

—Te decía que tal vez no estuviese de más la consulta con un psiquiatra. Y que el mío, el doctor Elías Kuntz, es muy bueno. Si tú quieres yo puedo pedirte hora.

—Hazlo —había dicho la voz de Edward antes que su mente pudiera elaborar una meditada respuesta.

CAPITULO II

—No, doctor. Kyra no se parece en absoluto a mi madre.

—Lo preguntaba porque suele ocurrir que sueños de la edad adulta reproducen situaciones edípicas que el subconsciente ha reprimido cuidadosamente…

—Sí, sí, lo comprendo. Pero puedo asegurarle que no es ese el caso.

—¿Tiene usted relaciones… íntimas… o quiere tenerlas, con alguna mujer casada?

—¿Relaciones con una mujer casada…? No. ¿Por qué se le ha ocurrido que podría tenerlas?

—Los símbolos. El mensaje onírico es un mensaje simbólico. La visión de Tira…

—Kyra.

—Perdón, de Kyra encadenada…

—No «encadenada», sino aprisionada muy sutilmente por una red de rayos láser, células fotoeléctricas y antimateria.

—¡Antimateria! Tiene originalidad, no cabe duda.

Bien, volviendo a lo que le decía, la visión de una mujer encadenada…, perdón, aprisionada por la antimateria, bien puede ser el símbolo de una mujer casada. Para las religiones monoteístas de Oriente y Occidente, el matrimonio se asimila…

—Entiendo el símbolo y su razonamiento, doctor, pero le reitero que yo no tengo relaciones íntimas con ninguna mujer casada.

—Bien, bien. Entonces descartaremos esa posibilidad. Y atacaremos por otro ángulo. ¿Cómo me dijo que se llamaba el lugar donde se encuentra la mujer?

—Medon.

—Hum… Curioso nombre. ¿Le dice a usted algo?

—En absoluto.

—Me viene a la memoria la ciudad francesa de Menton, ¿ha

estado usted alguna vez en ella?

—Nunca. Incluso ignoraba su existencia.

—Ya veo… —tras un instante de meditación se iluminó la poblada barba del psiquiatra—. ¿Padeció o padece usted de enuresis?

—¿De qué?

—Enuresis… Incontinencia de orina. Ya sabe, los niños que se mojan por la noche…

—Nunca. ¿Por qué ha pensado en eso? —Bueno… La coincidencia de nombres…

—¿Qué coincidencia?

—Su misterioso lugar, Medon, con la palabra con la que los chicos, y hasta algunas mayores, designan al niño que se hace pis en la cama… Eso crea traumas muy importantes, se sorprendería usted si yo…

—No, no me sorprendería. Pero, como ya le he dicho, nunca mojé la cama.

Otro silencio, después:

—¿Es usted homosexual?

Edward dio un respingo en su diván.

—¿Qué?

—No se moleste, como médico…

—No, no soy homosexual. Por el contrario, debo confesar que las mujeres me atraen escandalosamente. ¿Puedo preguntarle el motivo de tan inesperada cuestión?

—Los símbolos, señor Ballington, los símbolos. Antes de responderle, permítame otra pregunta: ¿Es usted impotente?

Edward abandonó la posición horizontal, para sentarse.

—Doctor, ni soy homosexual, ni soy impotente. Es decir, no he tenido aún oportunidad de engendrar, pero sí puedo asegurarle que no tengo ningún problema…

—Bien, bien, descartaremos esos posibles motivos, entonces. La visión de una mujer encadenada…, perdón, aprisionada de cualquier manera que sea, pero inabordable para el enamorado, puede ser un símbolo de impotencia. El hombre que «quiere y no puede», si me permite usted expresarlo en términos tan vulgares. También el homosexual en período de heterosexualidad…

—Sí, entiendo su razonamiento, pero lamento que tampoco éste

sea mi caso.

—No se preocupe, señor Ballington, llegaremos al meollo, por muy profundo y escondido que esté. Ahora…

—Doctor, ahora recuerdo algo que quizá pueda ser importante…

—Lo siento. Hemos agotado su tiempo. Vuelva la semana que viene y verá como progresamos. Son cien dólares.

Esa noche volvió a soñar el «Sueño». En una inmensa habitación de techo abovedado, Kyra yacía sobre un piso que parecía de mármol. Era la misma habitación de siempre, pero Edward nunca había visto caída a la chica y se horrorizó pensando que pudiera estar muerta. La llamó a gritos por su nombre y, para su gran alegría, la chica levantó muy lentamente la cabeza y miró en su dirección. Estaba muy pálida y a él le pareció advertir huellas de castigo en sus brazos y mejillas.

—¡Kyra, qué te han hecho!

Pero ella se limitó a extender sus brazos hacia él, como lo hacía siempre, sólo que esta vez sin levantarse del piso.

Edward comprendió que los plazos se acortaban, fueran los que fuesen los terribles designios que los enemigos tenían para con Kyra, era evidente que se disponían a cumplirlos.

—¿Van a matarte, Kyra?

Sólo los brazos implorando. Ninguna respuesta. Edward se preguntó si le habrían quitado el habla sus torturadores, pero se tranquilizó al pensar que el muro de antimaterias impediría el paso a los sonidos, aunque no a la visión. «Entonces tampoco puede ella oírme a mí». Podía verlo y eso era ya, al menos de momento, suficiente.

—¡Voy a ayudarte, Kyra!

Sabía que estaba mintiendo. Nunca podría ayudarla, porque nunca podría atravesar el muro de antimateria. Y, aún cuando lo consiguiera, quedaban las células fotoeléctricas y los rayos láser.

Por un brevísimo y vergonzoso momento pensó en huir de allí. «Puedo conseguir muchas mujeres casadas impotentes», se engañó. Pero la reacción no se hizo esperar, «¡Nunca te abandonaré, amor mío!», se apresuró a gritar, temeroso de que Kyra hubiese escuchado sus pensamientos cobardes.

Ella no daba muestras de haber oído. Se limitaba a seguir extendiendo hacia él sus implorantes, bellísimos, impotentes brazos.

—Perdóname, Tony, pero tu psiquiatra no es solución para mi problema.

Era la tarde siguiente a la consulta y el sueño. Volvían a estar sentados y bebiendo cerveza negra en el New London. Edward había relatado a su amigo las incidencias de la visita al doctor Kuntz y Tony se había limitado a escucharle en silencio.

—Lamento los cien dólares que te he hecho gastar inútilmente —dijo por fin.

—No lo lamentes. Y tampoco fue inútil la entrevista —su amigo lo miró interrogante—. Quiero decir que ahora sé que un psiquiatra no es la solución a mi problema —explicó Edward.

—¿Has encontrado esa solución?

—Por supuesto que no. Y anoche volví a soñar el «Sueño» —esta vez lo dijo con mayúscula, lo que motivó una preocupada mirada de Tony—. Había algunas variaciones —siguió Edward—. Kyra estaba al principio inconsciente, después reaccionó, pero vi en sus mejillas y en sus brazos señales de torturas —adelantó su cabeza hacia su amigo—. Me temo que se dispongan a matarla, Tony —dijo, en voz más baja.

El arquitecto lo miraba con visible preocupación. Lo suficientemente visible como para que fuera advertida por el muchacho.

—¿Crees que me estoy volviendo loco, no? —preguntó, con un deje de agresión en su tono.

—No, no creo que te estés volviendo loco, pero sí creo que puedes llegar a enloquecer si no te liberas de esta fantasmagoría.

—¿Y si fuera cierto?

—¿Cierto? ¿Qué quieres decir?

—Míralo desde mi punto de vista, Tony —para afirmar sus palabras, cogió a su amigo por el brazo—. Supón que en alguna parte de la Tierra o del Universo hay un lugar llamado Medon…

—Lo siento, Edward, pero no lo hay.

El tono era de tanta seguridad que el muchacho le soltó el brazo, mirándolo con aprensión.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—He programado uno de los ordenadores de la empresa con tu maldita palabra. No existe ningún lugar llamado Medon en la Tierra, ni ningún planeta, asteroide o estrella fugaz en el Universo.

Lo más próximo que pude encontrar fue la región de Médoc, en Francia. También está Medu Kun, en China, pero no creo que te interese.

Edward pareció hundirse en su asiento.

—Yo también había consultado el ordenador —confesó.

—¿Lo ves? —ahora le tocó a Tony el turno de coger por el brazo—. Edward, tienes que superar esta tontería. Un sueño es un sueño y nada más. Todos soñamos cosas horribles… Mira, sin ir más lejos yo mismo he soñado más de una vez que mataba a Lucy… Y te consta que quiero muchísimo a mi mujer, pero a lo mejor habíamos tenido una pelea y el subconsciente o lo que sea se toma la justicia por su mano.

Rió con fuerza su chiste, pero sólo logró arrancar una sonrisa de compromiso por parte de su amigo.

—Yo también intenté verlo de ese modo, Tony —dijo éste—. Le he dado todas las vueltas posibles al asunto, pero no puedo dejar de pensar que hay algo cierto, una terrible realidad, en todo eso.

—Estás diciendo tonterías, chico.

—Puede que sean tonterías, pero yo no lo creo. Ningún sueño se repite tanto, excepto los que se relacionan con circunstancias muy próximas y muy importantes para el que sueña. Eso lo leí en un libro de interpretación de sueños —agregó, como disculpándose.

—Te concedo que no es habitual tanta repetición, pero de ahí a creer que se trata de un pedido de socorro interplanetario…

—Yo no he dicho que sea interplanetario.

—Da igual —hizo una pausa, mirando implorante a Edward—. Ballington —dijo después—, tú eres un muchacho sensato. Aparte de algunas escapadas con mujeres y whisky, no creo que te hayas comido una rosca en tu vida… Quiero decir que no creo que hayas hecho cosas malas —se apresuró a aclarar.

—¿Vas a decirme ahora que soñar es malo?

—Por supuesto que no. Lo que quiero es que me prometas olvidar todo esto. Quiero decir, no darle importancia al sueño, aunque lo sigas soñando. Convencerte de que sólo es un sueño…

—No.

La firmeza de la negativa hizo que Tony miraba a su amigo con desesperanza.

—¿Quieres decir…?

—Quiero decir que no volveré a visitar psiquiatras para que me hablen de represiones sexuales, y me dedicaré a investigar hasta que encuentre algo o alguien que me hable de Medon y Kyra.

—¿Estás decidido a hacer lo que me dices?

Edward miró curioso al arquitecto, barruntando que algo había tras la pregunta.

—Sí, estoy decidido, ¿por qué?

—Porque si lo estás, y conste que desapruebo totalmente tu decisión, tal vez esta tarjeta pueda serte de alguna utilidad.

Alargó a Edward una tarjeta de visita que había sacado del bolsillo de su chaqueta. El muchacho leyó: «Ashtonius, Alquimista», y una dirección de Wembley.

—¿Es una broma? —desconfió.

Pero Tony estaba muy serio.

—No, no es una broma. Un amigo me ha dado esa dirección. Puede que el tal Ashtonius, a quien no conozco, sea un loco; pero, desde luego, no es un bromista.

Por fuera, la casa era una de tantas, con pequeño jardín al frente, mucho ladrillo rojo y tres escalones para alcanzar la entrada, de las que pueden verse en las bonitas poblaciones que rodean a Londres. Por dentro, la impresión era de hallarse en la casa de un hombre consagrado al estudio de las más variadas ramas de la ciencia, lo que definía exactamente las ocupaciones del dueño de casa.

Y éste, Edward tuvo que admitirlo, parecía mucho más un funcionario retirado del Foreign Office, que un alquimista presuntamente chalado. Vestía ropas informales, pero esa informalidad no pasaba de una chaqueta de tweed y un jersey de cuello alto, por lo demás, tanto sus maneras como su figura —que al visitante hizo recordar la de Basil Rathbone, interpretando el papel de Sherlock Holmes— eran casi victorianas en su corrección.

—¿Puedo ofrecerle una taza de té? —preguntó, no bien acabaron los saludos.

—Sí, gracias.

Edward lo dijo para poder ir de inmediato al grano, pero no tuvo suerte.

—¿Earl Grey, Orange Pekoe o tal vez prefiere alguna de estas infusiones con sabores a flores o frutas? Me temo que, de seguir así,

tendremos que dar otro nombre al verdadero té, para poder entendernos.

—Earl Grey estará muy bien, gracias —logró articular Edward, aturdido ante la avalancha de palabras. El dueño de la casa mismo fue a preparar la infusión y volvió con ella, servida en antiguas y valiosas tazas de porcelana de Limoges. Un poco impresionado por las maneras y las tazas del señor Ashtonius, el visitante bebió en silencio el aromático líquido.

—Tengo entendido que se halla usted preocupado por un sueño… —propició el anfitrión, cuando ya las tazas vacías estuvieron sobre la bandeja de plata.

Edward no dejó pasar la ocasión. Sin ser interrumpido, contó con lujo de detalles la visión que lo atormentaba. Ashtonius permaneció en silencio durante no menos de diez minutos al término del relato. Por fin dijo:

—¿Tiene usted conocimientos de astrología, señor Ballington?

—Absolutamente ninguno.

—Pero habrá leído algún libro…

—Me avergüenza confesar que no he leído ninguno. La respuesta pareció agradar al dueño de casa. «¿Tendrá cincuenta, sesenta o setenta años?», se preguntaba Edward contemplándolo, aunque el saberlo no le interesara lo más mínimo.

—No debe sentirse avergonzado en absoluto —estaba diciendo el objeto de su contemplación—. Entiendo que es usted aparejador —Edward asintió con la cabeza—. Pues tampoco yo he leído un solo libro de su especialidad y no estoy avergonzado por ello.

El muchacho empezaba a cansarse de tantas buenas maneras.

—Es una frase… Uno siempre cree tener la obligación de disculparse por lo que no sabe.

—Le entiendo, le entiendo. ¡Nuestra perniciosa civilización tecnológica! Cuando, en realidad, la mayoría debería disculparse «por lo que sabe…».

—Tiene mucha razón —dijo Edward, aunque en realidad no entendía ni tenía interés en entender el razonamiento de su anfitrión.

—Y dice usted que el lugar es Medon…

Edward casi dio un salto. Se había desentendido de las disquisiciones del otro hasta el extremo de no escuchar lo que le

decía.

—Perdón…

—Le decía que es Medon el lugar donde, según usted, se encuentra prisionera esa joven.

—Sí, sí… —aunque las palabras del otro parecían prometedoras, Edward no se atrevió a preguntar:

—¿Está usted seguro de que es esa la palabra?

—¿Medon? Sí, por supuesto. ¿Es que acaso…? Quiero decir, ¿alguna vez ha oído usted ese nombre? Ashtonius se permitió abrir sus brazos y sonreír.

—Mi joven amigo —dijo—, ¿quién no ha oído ese nombre?

—¿Quiere decir que usted había oído hablar de algún lugar llamado Medon? —tanteó el muchacho, sintiendo que su corazón pugnaba por salírsele del pecho.

Aunque los brazos del anfitrión volvieron a su recatada postura habitual sobre los brazos del sillón, la sonrisa se mantuvo intacta en el rostro de nobles líneas.

—Sí, señor Ballington. Yo y todos los que intentamos ver más allá de nuestras narices… Me refiero, naturalmente, a los que creemos que no todo empieza y termina en el tubo de ensayo y que «hay más cosas en el Cielo y la Tierra»[1] de las que sueña la filosofía de los pseudocientíficos de vía estrecha… Bien, todos nosotros hemos, por decirlo de alguna manera, oído hablar mucho de Medon.

Mil preguntas pugnaban por salir de la boca de Edward, pero se obligó a escuchar en silencio. En otras palabras, decidió someterse a los laberínticos circunloquios de su anfitrión, antes que molestarlo con prisas.

—Ya Alberto el Grande menciona a Medon en sus obras. Para los Rosacruces, Medon es «la Tierra Prometida» —decía Ashtonius, con el tranquilo y complacido tono de quien se sabe escuchado con atención—. Incluso Roger D’Aubry llega a afirmar que los Templarios construían sus monasterios-fortaleza de acuerdo a planos cedidos por gentes venidas de Medon, pero esto no está debidamente probado y D’Aubry no se ha caracterizado nunca por su exactitud, como lo demostró en sus erróneas conclusiones acerca del significado esotérico del trazado de la catedral de Reims. Y, hablando de catedrales, imposible dejar de citar a Fulcanelli, tal vez

el más popularizado de los herméticos. En «El misterio de las catedrales» no menciona a Medon, pero sí lo hace en varias de sus otras obras. Para él, en contra de lo que sostenían los Rosacruces, Medon no es la «Tierra Prometida», sino una especie de Abraxas de los planetas… Por cierto, ¿conoce usted a Abraxas?

—No, lo siento.

—No lo sienta. Es un dios malo. Es decir, es un dios que incluye en sí mismo todo el bien y todo el mal. De ahí la comparación de Fulcanelli. Para él, y es una opinión que me honro en compartir, de Medon puede venir todo el bien, pero también puede venir todo el mal.

—Me temo que no alcanzo a comprender… Ashtonius volvió a su sonrisa cordial.

—¡Mi joven amigo…! Dice usted, usted que no debe tener más de veinticinco años, que «no alcanza a comprender»… Yo, que casi le triplico en edad, he pasado decenas de años intentando comprender. Y antes que yo lo han hecho centenares de sabios…

—Perdone —se vio obligado a interrumpir Edward—, ¿sigue usted hablando de Medon?

Ashtonius le lanzó una rápida mirada.

—¡Por supuesto que sigo hablando de Medon! —protestó—. ¿De qué otra cosa cree usted que estoy hablando?

—Es que… Nunca pensé que usted conociera esa palabra, y mucho menos que fuese objeto de estudio… ¿Debo entender que Medon es un planeta?

El alquimista alzó sus manos en gesto de impotencia.

—¡Si lo supiera…! —se lamentó—. Para Ibrahim al hazam, Medon era sólo un gran planeta sino, cito textualmente, «el más grande de todos los planetas, más que la insignificante Tierra y el ínfimo Sol, alrededor del cual giran los satélites cantando una gloria desde el comienzo de los tiempos anunciada…» —hizo con sus manos un gesto de disculpa—. Todos creemos que el Hazam exageraba, ya que era mejor poeta que astrólogo, pero de todos modos, él fue el único que se atrevió a fijar la posición de Medon.

—¿Fijar la posición de Medon…? —se maravilló Edward, agregando—: Pero entonces se trata de un planeta conocido y «re» conocido, ¿cómo es que no he podido encontrarlo ni en atlas ni en ordenadores?

Ashtonius le apuntó con su largo y fino índice.

—Recuerde lo que le dije sobre los que no ven más allá de sus narices. La «ciencia oficial», como se la ha dado en llamar. Los que sólo creen después de haber tocado… O después de haber pesado y medido, que es lo mismo.

—No le entiendo.

—Lo que quiero decir, estimado joven, es que, dado que ningún telescopio ha encontrado aún a Medon, los científicos niegan su existencia.

—Bueno, eso tiene su lógica. Si no han podido verlo…

—¿Acaso había visto Schliemann a Troya cuando señaló con toda precisión el lugar de su emplazamiento? —se indignó Ashtonius.

—Schliemann se basaba en los datos que proporciona Homero en «La Odisea» —interpuso Edward, para ser de inmediato contestado por su interlocutor.

—¿Acaso Homero era miembro de número de la Academia Oficial de Astronomía de Atenas? Que yo sepa, Homero era un poeta. Ni más ni menos que Ibrahim al Hazam. Y no olvide que durante casi treinta siglos nadie tomó en serio a Homero… —se interrumpió, mirando fijamente a Edward—. Señor Ballington —dijo por fin, con voz solemne—, puede que usted haya sido designado por Dios para ser el Schliemann de Medon.

—Me temo que Medon esté bastante más lejos que Troya —dijo frívolamente Edward, cuando pudo articular palabra.

—Pero ahora existen naves espaciales de las que no podía disponer Schliemann.

—Tampoco puedo disponer yo de ellas…

—Tal vez yo pueda ayudarle a conseguir una…

CAPITULO III

—Distinguidos miembros del Círculo Cósmico, les presento al señor Edward Ballington, el Schliemann de Medon…

Mientras se deshacían los corteses aplausos, Edward miraba al auditorio. No estaba en el escenario del Albert Hall, sino sentado ante una gran mesa circular, que compartía con los doce miembros del Círculo Cósmico, al que le llevara Ashtonius, que era uno de los doce. El conjunto era heterogéneo, pero no ridículo. «Ninguno de éstos tiene cara de chalado», pensó el muchacho, no sin cierta sorpresa. Había clara mayoría de sexagenarios, pero tres o cuatro de los presentes eran jóvenes entre los treinta y los cuarenta años. Supuso que la mayoría, o todos, poseerían algún título universitario. De pronto, le pareció encontrarse ante una mesa examinadora y tuvo que aclararse la garganta un par de veces antes de poder hablar.

—Señores, mucho me temo que voy a desilusionarlos con mi relato. Yo sólo he soñado con Medon… Le animaron con gestos y sonrisas para que continuara y, cuando quiso acordarse, había relatado minuciosamente sus sueños. Entonces, ante su silencio, los miembros comenzaron a preguntar.

—¿Ha sido la misma Kyra quien mencionó a Medon?

—No. La palabra parece formarse en mi mente. De hecho, Kyra nunca ha hablado.

—O lo ha hecho y usted no ha podido escucharla.

—Sí, tiene usted razón, eso es lo más probable. Ya les he dicho que ella no puede oírme a mí.

«Pero si sólo se trata de un sueño», luchaba por hacerse oír una voz sensata en su interior, pero él no le prestaba atención. Siempre había querido que Kyra fuese un ser vivo, que existiese realmente en alguna parte. Ahora, entre todos esos hombres que le escuchaban con casi respetuosa atención, y en ese decorado de signos

cabalísticos que él no podía descifrar, pero que hablaban de seres y mundos desconocidos, Kyra era una mujer de carne y hueso, que vivía en un planeta lejano pero real, llamado Medon.

—¿Ha pensado usted seriamente en ir a Medon? La pregunta, formulada por uno de los jóvenes, sobresaltó a Edward.

—¿Que si pensé…? No, claro que no.

—¿Por qué no?

Entre la sorpresa y el fastidio, el muchacho miró a su inquisidor. Era un hombre de unos treinta y cinco años, alto, de complexión atlética y que lucía en su rostro una amistosa sonrisa.

—Bueno… —Edward no quería dar una respuesta agresiva—. Supongo que no ha de ser nada fácil ir a Medon.

—No lo es, pero eso no contesta a mi pregunta —acentuó la sonrisa—. Me expresaré mejor —continuó—, si se le ofreciera la oportunidad, ¿iría usted a Medon?

—¡Por supuesto que sí!

La respuesta brotó de esa parte de su interior que la mente no podía controlar. Por las miradas de sorpresa que le dirigieron sus contertulios, comprendió que no sólo se había excedido en la afirmación, sino también en el tono en que fue dicha.

—Me alegra oír su respuesta —dijo el joven que le interrogara, como dando por terminado el intercambio de preguntas y respuestas.

—Señor Ballington, ¿tiene usted idea de quién o quiénes tienen aprisionada a Kyra? —quiso saber un anciano de barba bien recortada.

—No, ninguna idea. En mis sueños sólo he visto a ella y los complicados sistemas que utilizan para aprisionarla.

—¿Qué edad tiene Kyra?

—Vaya, nunca se me había ocurrido preguntármelo. Supongo que unos… veinticuatro o veinticinco años.

—Y nos ha dicho usted que es muy bella.

—Bellísima.

—¿Diría usted que es humanamente bella, señor Ballington?

Edward tuvo que pensar la respuesta.

—Si —dijo por fin—. Su aspecto general es el de un ser humano. Cierto que hay en ella… No sé cómo explicarlo… Diría que una especie de vaho que la envuelve y que, de alguna manera, idealiza

su belleza, a la vez que…

—¿Que la deshumaniza, señor Ballington?

Edward sonrió como disculpándose.

—Bien, no quería emplear ese desagradable término, pero me temo que sea el que mejor exprese mi pensamiento.

—¿Podría darnos detalles acerca de lo que usted ha llamado… —el sexagenario con aire de físico o matemático que hacía la pregunta consultó unos papeles que tenía ante sí— el «muro de antimateria»? Y algo más, ¿cómo sabe, no siendo usted un especialista, que se trata de antimateria?

—Contestaré antes a la última pregunta, señor…

—El doctor Evelyn Carruthers es quien ha hecho la pregunta —se apresuró a indicar el solícito Ashtonius.

—Bien, doctor Carruthers, como usted bien supone yo no tengo la menor idea sobre la antimateria. Si la he llamado así es porque así la llamo en el sueño. De la misma manera que sé que Kyra está prisionera en Medon, también sé que esa cosa difusa pero seguramente infranqueable es un muro de antimateria —hizo un gesto de impotencia—. Lo siento, más no puedo decir. En cuanto a la primera pregunta, lo que yo «veo» es una especie de pared de unos dos metros de alto formada por un elemento aparentemente gaseoso, que está en constante movimiento y que es de color grisáceo. Temo que…

—¡Fantástico! —dijo uno de los jóvenes que aún no había hablado. Edward se le quedó mirando.

—La exclamación de nuestro joven astrólogo y astrónomo Albert Graham —aclaró Ashtonius— es, aunque ruidosa, perfectamente justificada.

La interrogante mirada de Edward se fijó ahora en él.

—Sí, señor Ballington —siguió Ashtonius—, la sorpresa de todos nosotros se justifica porque usted acaba de hacernos una descripción del «muro de antimateria» que coincide casi palabra con palabra con la que, setecientos años atrás, hiciera Mecer Tadeus, de Aquisgrán.

—¿Es que hace setecientos años ya se hablaba de la antimateria? —sonrió Edward, en un intento por aliviar su propia tensión.

—¡No creerá que la antimateria nació con Einstein! —se indignó uno de los viejos.

Antes que Edward pensara en responder, Carruthers volvió a interrogarle.

—¿Es usted químico, señor Ballington?

—No, ¿por qué?

Fue Ashtonius quien se adelantó a responder:

—El doctor Carruthers cree en la reencarnación, señor Ballington. Y como Mecer Tadeus era alquimista… Sin pensar que podía ofender a alguno o algunos de sus compañeros de mesa, Edward se echó a reír.

—¿Yo la reencarnación de un alquimista que vivió hace setecientos años…?

—Cosas más extrañas han ocurrido —le reconvino Carruthers.

Edward, pensando en el «Sueño», permaneció en silencio.

—Bien, señores —cortó Ashtonius—, si nadie tiene nada más que preguntar al señor Ballington…

Ya en la calle, barrida por un viento del norte, dijo al muchacho:

—¿Querría hacerme el honor de compartir mi humilde mesa esta noche?

Edward no encontró palabras adecuadas para rechazar con elegancia tan versallesca invitación, por lo que no tuvo más remedio que aceptarla.

La mesa no era en absoluto humilde y la cena, contra lo que el invitado temía por desconocidas razones, resultó opípara. La vieja criada que sirviera los manjares llevó café al salón, junto a la encendida chimenea.

—¿Whisky o cognac? —preguntaba Ashtonius a Edward, cuando sonó el timbre de la puerta—. ¡Ah, ya llega nuestro amigo! —se alegró el dueño de casa, ante la mirada discretamente interrogadora de Edward.

Pero no hubo necesidad de explicaciones porque el joven de amistosa sonrisa que le preguntara si estaba dispuesto a ir a Medon, irrumpió ruidosa y alegremente en la habitación, antes de que Ashtonius tuviese tiempo de abrir la boca.

—¡Bien, bien, veo que llego a tiempo para el café y los licores! El momento y lugar que todo buen inglés elige para sus confidencias. ¿Será por culpa de Dickens, o el buen viejo sólo habrá recogido en sus libros lo que era ya una realidad? Pienso en Ana Bolena…

—Señor Ballington, este joven, tan dado al monólogo y a quien usted conoció hoy, sin que le fuera presentado, es John Albert Reston…

—Llámame Johnny.

Estrechó con fuerza la mano de Edward y dejó caer su metro noventa de estatura sobre un sillón situado frente al que ocupaban Ashtonius y su invitado. La criada depositó en sus manos una taza de café y el dueño de casa le entregó un vaso con una generosa ración de whisky y un par de cubitos de hielo. Contemplando en sonriente silencio por los otros dos, Johnny se bebió de un trago el café y, tras paladear con satisfacción la fría bebida de su vaso, dijo, con voz alegre e intrascendente:

—Dime, Edward, ¿ya has fijado fecha para nuestro viaje a Medon?

El aludido se echó a reír ante la broma, pero la voz seria y el gesto grave de Ashtonius cortó de cuajo su demostración de alegría.

—Me temo que el señor Reston está hablando en serio, señor Ballington —dijo.

—Oiga, no querrá hacerme creer… —Edward pasaba demasiado rápido de la risa a la indignación. Consciente de ello, volvió al gesto amable—. Se trata de una broma, ¿verdad?

Fue Johnny quien respondió:

—En el Círculo afirmaste estar muy dispuesto a ir a Medon, ¿no eras sincero entonces o es que has cambiado de idea?

—Era sincero entonces y no he cambiado de idea, pero no veo cómo podríamos intentar ese viaje. Se ha hablado de que Medon «estaría» en la Vía Láctea. No conozco absolutamente nada de la estratosfera o como se llame «eso» que hay más allá de nuestra atmósfera, pero no creo que sea fácil llegar a ella. ¿O es que la British ha ampliado sus servicios?

—No, señor Ballington —era Ashtonius—, la British no ha ampliado sus servicios hasta la Vía Láctea, pero hay algo que usted aún ignora y es la actividad a la que se dedica el señor Reston.

Edward, entre la molestia y el desconcierto, miró interrogante al aludido.

—Soy oficial de la RAF —dijo éste—. Hace ocho años me incluyeron en un programa especial… En otras palabras, soy lo que comúnmente se conoce como «astronauta».

En los ojos de Edward apareció un brillo de respetuosa admiración, que no pasó inadvertido para Johnny.

—Oh, es un trabajo como cualquier otro —dijo modestamente.

—Pero un trabajo que nos puede permitir llegar a Medon —acotó Ashtonius.

—«Nos» —repitió Johnny, burlón—. ¿Es que usted también piensa ser de la partida?

—No creo que fueran ustedes capaces de dejarse en Tierra. He consagrado mi vida a probar que Medon existe…

Johnny le hizo un gesto de detención con sus manos.

—No diga más, Ashtonius. Usted vendrá con nosotros.

Edward encontraba más irreal esta escena que las que vivía en el «Sueño».

—Pero —se decidió a intervenir—, ¿cómo piensan ustedes…? Quiero decir, ¿en qué vehículo espacial o astronave o lo que sea podríamos realizar ese viaje? Johnny le miró con su sempiterna sonrisa.

—Sigues decidido a intentar la salvación de Kyra, viejo.

Kyra… Por hablar de Medon, casi la habían olvidado. Recordó sus brazos implorando ayuda, su bellísima cara con huellas de terribles torturas, su cuerpo escultural caído sobre el piso que parecía de mármol…

—Claro que sí. Puede que todo esto sea una locura…

—En todo caso es su locura —le interrumpió, cortés pero firme, Ashtonius.

—Sí, lo sé. Quería decir que, aunque todo sea una locura, yo estoy dispuesto a hacer lo que sea para auxiliar a Kyra.

Dejando el vaso ya vacío sobre una mesita, Johnny se frotó las manos, complacido.

—Siendo así —dijo—, sólo falta ultimar los detalles y fijar la fecha.

—Pero… —ahora Edward sonreía también, ganado por la seguridad y simpatía que el astronauta irradiaba—. ¿Cómo demonios conseguiremos una nave? Supongo que no las alquilará Hertz…

—No, Hertz no las alquila —rió Johnny—, pero la OTAN podría prestarnos una.

—¿La OTAN? Yo creía que sólo los americanos y los rusos tenían

naves espaciales —se sorprendió Edward.

—La OTAN tiene muchas más cosas de lo que la gente cree —respondió el astronauta.

—Y él tiene motivos para saberlo, porque es uno de los jefes —completó Ashtonius, ante el asombro de Edward.

—Si te apoderas de una nave arruinarás tu carrera… —dijo éste.

Johnny se puso de repente serio.

—He estado un par de veces por allí arriba —dijo, señalando hacia lo alto—. Es una experiencia que te cambia del todo. No sólo te das cuenta que la Tierra es una cosa muy pequeña, sino que descubres que el Universo es muy grande. Cuando regresé de mi primer vuelo espacial, un antiguo profesor me puso en contacto con el Círculo Cósmico. Fui admitido en él, pese a ser un profano en todo lo que no fuera pilotar, porque acababa de volver de ese mundo desconocido que a los miembros del Círculo tanto les fascina. Ellos lo conocen a través de las lecturas de los iniciados, yo lo había visto. Pero sólo había visto la cubierta exterior, ellos me hicieron penetrar en esos mundos vivos, que entrevieron los sabios de todos los tiempos y que otros pretendidos sabios negaron y siguen negando.

—«Cuando se dispone a levantar el vuelo, el águila se olvida del gusano que la espía» —dijo de improviso Edward y los otros dos le miraron asombrados.

—¿Cómo conoces esa cita? —quiso saber Johnny. Ashtonius fue más lejos.

—¡Usted me dijo que no había leído un libro de astrología en su vida!

—Y le dije la verdad.

—¿Cómo, entonces, ha podido citar literalmente la frase que encabeza el «Tratado del Universo y sus confines», de Tibelius?

Edward estaba desconcertado.

—No lo sé. Nunca había oído o leído esa frase. Simplemente, vino a mi cerebro.

—Bien, dejemos eso —acudió en su ayuda Johnny—. Lo importante es fijar los detalles del Gran Viaje.

—Supongo que es usted quien debe determinar fecha y detalles —dijo Ashtonius, todavía desconcertado por la cita de Edward.

—Siendo así —recogió el guante Johnny—, escúchenme con

atención. Necesitaremos una nave de muy grande autonomía. Sólo hay dos que reúnen las características ideales: la Ulises B-32, y la Pioneer 118. Prefiero ésta. Para ello tendremos que trasladarnos hasta Cuxhaven, en la desembocadura del Elba…

CAPITULO IV

Johnny colocó su tarjeta de identidad en el orificio correspondiente y la puerta se abrió automáticamente, pero, como estaba previsto, una barrera de haces luminosos se alzó ante Edward y Ashtonius cuando éstos intentaban franquear el dintel. El astronauta sabía que el tiempo de alarma estaba sonando en la sala de guardia, por lo que se apresuró a hablar ante la pantalla de televisión.

—Soy el mayor John Albert Reston, Seis, Uno, Dos, Ge, Ge, A, Tres, Siete. Vienen conmigo el coronel Charles Ribben y el teniente Robert Almouth, de la Trescientos Una División, con sede en Cerdeña. Respondo por ellos.

Ashtonius y Edward, con uniformes y documentación militar en regla, esperaban. Estaban tranquilos, porque confiaban en Johnny. Durante los quince días de febril actividad que mediaron entre la reunión del Círculo Cósmico y la llegada a la base de la OTAN, en Cuxhaven, una estrecha amistad se creó entre los dos jóvenes, bajo la paternal mirada de Ashtonius.

—Que se identifiquen los visitantes —dijo una voz metálica desde el televisor.

Los visitantes introdujeron por turno sus tarjetas en el orificio bajo el cual podía leerse la palabra «Visitors». Esta vez no tuvieron inconveniente en franquear la puerta. Tras ella, les esperaban un teniente flanqueado por dos soldados con metralletas.

—Nos dio un pequeño susto, mi mayor —sonrió el teniente, después de los saludos y presentaciones de rigor.

—Quise probar el sistema de seguridad, por eso no identifiqué antes a estos caballeros —dijo Johnny, ensanchando aún más su habitual sonrisa.

—¿Van a ir al Casino de Oficiales, señor? Tengo aquí un vehículo…

—Gracias, teniente. Preferimos ir andando.

—La tarde está bastante fría.

—Sí, pero estamos acostumbrados al frío. No olvide que somos ingleses.

—Como guste, señor —dijo el teniente alemán y, saludando, se apartó para dejar paso.

—Hay un kilómetro y medio hasta el Casino de Oficiales —recordó Johnny a sus amigos.

—No me asusta esa distancia —se apresuró a señalar Ashtonius.

—Tampoco a mí —sonrió Edward.

—Estoy seguro de ello —correspondió Johnny—. Quería decir que en el largo trayecto tendremos oportunidad de pasar ante los hogares de las astronaves. Podréis echarles una ojeada. Después, como está previsto, iremos al Casino y allí tomaremos unas copas y cenaremos. Alrededor de las nueve de la noche iniciaremos la marcha hacia nuestro objetivo. A esa hora se toca silencio y la actividad es mínima. Naturalmente, están los guardias, pero ya nos encargaremos de ellos.

Bebieron y cenaron en el Casino. La ingente cantidad de amigos de Johnny no les dejaron solos ni un minuto y Ashtonius y Edward tuvieron que responder a muchas preguntas sobre sus actividades militares, pero pudieron hacerlo sin despertar sospechas ya que habían sido convenientemente instruidos por Johnny.

A las nueve en punto Ashtonius anunció su propósito de retirarse y todos se pusieron de pie. Las despedidas fueron breves, pero efusivas Cinco minutos más tarde, los tres amigos estaban en el frío y neblinoso exterior. Las farolas que bordeaban el ancho camino que iban a seguir no lograban iluminar más allá de un radio de dos o tres metros.

—Una noche ideal para los aventureros —murmuró Ashtonius, en uno de sus raros momentos de humor.

—Una noche ideal para los ladrones —contestó Johnny. El nuevo sustantivo no pareció ser del agrado del sabio, que enderezó su figura y apretó el paso, obligando a los otros dos a hacer lo mismo.

A la izquierda del camino sólo se veían las pistas de despegue, a la derecha estaban los hangares. Eran construcciones gigantescas y Edward se preguntó más de una vez cómo podía sustraerse al gran público el conocimiento de las astronaves de la OTAN, existiendo

esos colosales edificios que ningún otro tipo de nave podían albergar. El tercer hangar era su objetivo. Dos guardias se paseaban ante la inmensa abertura que le servía de entrada. En el iluminado interior se veían varias figuras enfundadas en monos blancos, que iban de aquí para allá entre las naves, portando herramientas.

—¿Se trabaja por la noche? —preguntó sorprendido Edward, cuando todavía estaban fuera del campo auditivo de los guardias.

—Esta noche, sí —sonrió Johnny. Los guardias se cerraron ante ellos.

—Lo siento, mi coronel —dijo uno—. No se puede entrar en el hangar sin autorización especial. Inquietos, Ashtonius y Edward miraron a Johnny, pero éste se limitaba a asentir con la cabeza a las palabras del guardia que, por su parte, miraba a los tres desconcertado.

El incómodo momento duró muy poco. Del interior apareció dando grandes zancadas uno de los hombres que vestía mono. Representaba unos cuarenta años, era más robusto que alto y sus señas de identidad más notorias eran un poblado bigote y las insignias de sargento.

El recién llegado saludó con exagerado respeto al impasible, aunque interiormente sorprendido, Ashtonius y de inmediato dijo al guardia que había hablado antes, empleando para con él un tono de cariñosa reconvención:

—Günther…, ¿sabes a quién estás impidiendo la entrada?

—No, mi sargento, pero las órdenes…

—No olvides, muchacho, que llevo aquí veinte años. Conozco a la perfección las órdenes. Veremos si tú las conoces tan bien como yo, ¿quién es la única persona que puede entrar en los hangares sin autorización especial?

—El jefe de la base.

El sargento palmeó al desconcertado guardia.

—Muy bien, Günther, muy bien. Y entonces, si puedo preguntártelo, ¿por qué sigues impidiendo la entrada al coronel Charles Ribben?

—Pero…

Tocó el turno a Johnny.

—¿Acaso ignora usted, soldado, que el coronel Ribben es, desde hoy, el nuevo jefe de, la base? —el tono era seco y visiblemente

amenazador. Los guardias se miraban, indecisos. Pero el que llevaba la voz cantante no se dio por vencido.

—No se nos ha comunicado el cambio de jefe, lo siento, mi mayor, pero…

Edward hacía cada vez más desesperados esfuerzos para dominar el nerviosismo que le invadía. Era consciente de que Ashtonius y el mismo Johnny estaban en el mismo estado que él se había dicho que sólo en última instancia se apelaría a la fuerza, y el muchacho se preguntaba si esa «última instancia» no habría llegado ya. Entonces intervino el sargento.

—Oye, Günther, ¿tú me conoces? El soldado le miró con sorpresa.

—Claro que le conozco, mi sargento. Usted es el sargento Karl Müller, jefe de mantenimiento de este hangar.

—Excelente, muchacho. Y este oficial —señaló a Johnny—, ¿sabes quién es?

—Por supuesto. Es el mayor John Albert Reston, comandante de astronaves.

—Muy bien —siguió el sargento—. El mayor Reston, comandante de las astronaves que aquí se guardan y yo, sargento Müller, jefe de mantenimiento de este hangar —la voz hasta entonces suave, se tornó de repente dura—. ¿Y tú crees que el mayor y yo vamos a perder nuestro precioso tiempo y molestar al coronel Ribben y a su ayudante sólo para haceros una broma a vosotros dos? ¿Es que os creéis tan importantes como para que dos jefes, un oficial y un sargento del Mando Estratégico de la OTAN pasen frío y dejen de dormir?

—No, no, mi sargento. Es que… —ya no había resistencia posible por parte del celoso guardia.

La victoria de Karl Müller había sido total. En inconsciente movimiento, tanto él como su compañero se hicieron a un lado.

Imprevistamente, Ashtonius puso un toque amable en la fría noche.

—¿Su nombre es Günther, soldado? —preguntó al ahora asustado guardia.

—Si… Quiero decir, soldado Jan Günther, Tercera Compañía del Segundo Batallón, mi coronel.

—Bien, soldado Günther. Le mencionaré al jefe de su compañía.

Sabe usted cumplir con su deber.

—Gracias, mi coronel —el muchacho no podía convencerse de su buena suerte. Y, sin embargo, era visible que no estaba del todo convencido de haber obrado correctamente al permitir el paso a los visitantes.

—Tenemos que darnos prisa —susurró Johnny a los otros, consciente de la duda del muchacho—. Ese zoquete es capaz de llamar a la guardia —miró al sargento—. De no haber estado tú…

—Yo siempre estoy, mi mayor, ya lo sabe.

—Bien que lo sé. Estás arriesgando tu vida.

—¿Acaso Medon no justifica plenamente el arriesgar nuestras vidas por alcanzarlo?

Edward, una vez más, estaba atónito. También el modesto sargento Müller sabía de Medon e inspiraba en él un entusiasmo tan grande como para abandonar su carrera y poner en peligro su vida… En su mente, la imagen del sargento que tenía junto a sí fue sustituida por la de Kyra. La noche anterior, tras muchos en que ello no ocurriera, había vuelto a verla. Había vuelto a soñar el «Sueño». Esta vez —¿o sólo le había parecido?— la muchacha estaba más animada. De pie, extendió sus brazos hacia él, como siempre lo hacía, pero esta vez sus labios se curvaban en lo que Edward interpretó como una sonrisa de… ¿agradecimiento? Eso podía ser sólo una visión determinada por sus nervios en extrema tensión. Pero en fin, fuera o no de agradecimiento, Kyra tenía por primera vez una sonrisa en sus labios. Para Edward, aunque su razón intentase negarlo, el motivo de esa sonrisa era claro: «Sabe que voy».

—Esa es la nave —dijo Johnny, señalándola.

Era de largo fuselaje. Edward pensó que se parecía a un cigarro habano. Y entonces recordó los miles y miles de personas que en todo el mundo aseguraban haber visto en el cielo un objeto en forma de cigarro.

«Conque no eran extraterrestres después de todo», se asombró el muchacho.

Müller, que había estado conectando algo en la panza del aparato, se acercó a grandes pasos al grupo formado por Ashtonius, Johnny y Edward.

—Lo siento, mi mayor, tal como temíamos el soldado Günther

ha dejado la guardia y se encamina hacia el teléfono.

—Ya he visto que ha mantenido activa la fuente energética, de acuerdo a lo convenido. ¿Los generadores están activados?

—Acabo de conectarlos, aún se necesitarán cinco o seis minutos para que alcancen el nivel necesario.

—Y otro tanto o algo más para iniciar la marcha. Será mejor que subamos ya mismo.

Cruzaron la corta rampa y penetraron en la nave. Lo último que Edward vio del mundo exterior fue la cara de un mecánico, que les miraba con asombro. Supuso que el pesado guardia estaría haciendo la temida llamada, pero no pudo verlo.

—¡*Alea jacta est*! —proclamó Ashtonius, una vez que la puerta de la nave fue herméticamente cerrada por Müller.

Este y Johnny se dirigieron casi a la carrera a la sala de mandos, en tanto los dos civiles se sentaban en sendos asientos y se colocaban el múltiple cinturón de seguridad que en ellos había.

Johnny comenzó por comprobar el funcionamiento del reactor nuclear. Todo estaba en orden. Bendijo mentalmente al sargento Müller, sin cuya preciosa colaboración la aventura habría sido imposible. El reactor necesitaba ocho horas de funcionamiento para alcanzar el nivel operacional. Nunca habría podido él mismo, pese a su grado de mayor, permanecer tanto tiempo en el interior del hangar y menos aún dentro de la nave, accionando el reactor. En cambio, el modesto sargento Karl si podía hacerlo, porque era el jefe de mantenimiento.

—Sistema de despegue en orden, mi mayor.

—Bien, creo que en cinco minutos podremos iniciar la marcha.

—Que sean suficientes.

Müller conectó el totalvisor de la nave. Ya había cumplido su función más urgente y podía dedicar algo de tiempo a vigilar los movimientos del «enemigo». Lo que una de las pantallas le mostró confirmó sus peores temores.

—¡Mi mayor, una patrulla de la guardia llega a la carrera!

—¡Maldita sea, si llegan a levantar la barrera estamos perdidos!

Era el más sofisticado de los sistemas de seguridad con que contaban los hangares. Se trataba de una red de rayos antiépsilon que paralizaban todo tipo de energía que entrara en contacto con ellos. Llamaban al sistema «la barrera» porque lo era, en efecto,

impidiendo el paso por la abertura de entrada de los hangares de todo lo que estuviese movido por cualquier tipo de energía, incluyendo la humana.

—¿Cuánto tiempo necesita, mayor? —preguntó Müller, sin quitar los ojos de la pantalla.

—Cuatro minutos aún.

—Me temo que será demasiado, señor.

La pantalla mostraba a un furioso teniente golpeando con sus puños la puerta cerrada de la nave. Tras él, cuatro soldados apuntaban con fusiles láser, en tanto cuatro más tomaban posiciones en la entrada, reforzando a los dos guardias, que miraban todo con la boca abierta.

—Un teniente está golpeando la puerta de la nave, señor. Esto no me preocupa, pero si ordena a sus hombres lanzar un chorro de láser, puede dañar el fuselaje.

—Iniciaremos el carreteo ahora mismo —decidió Johnny—. Aún no tenemos nivel, pero no me queda más remedio.

La nave se puso en lentísima marcha. Le separaban unos cincuenta metros de la entrada. «Si levantan la barrera… Si descargan sus fusiles láser sobre nosotros…», se angustiaba el sargento. Johnny, sentado ante el panel, no tenía tiempo para pensar, lo que le evitaba la angustia. El también gracias a un monitor, veía lo que estaba pasando en el exterior, pero sus preocupaciones eran de otra índole: ¿Tendremos potencia suficiente para el despegue? Sólo si alcanzamos el nivel antes de hacerlo.

Vio a dos soldados que abrían la puerta de seguridad que protegía los mandos de la barrera. También lo vio Müller y, paradójicamente, se alegró de ello. «Han renunciado al láser, confían en levantar a tiempo la barrera. Bien, nos lo jugamos todo a una carta, pero aún nos queda la posibilidad de salir, con el láser ya habríamos acabado el viaje».

Era lógico que el teniente prefiriera levantar la barrera a provocar tremendos daños en la nave de los que tal vez tendría que responder, ya que la cosa no estaba en absoluto clara para él. ¿Y si ese misterioso coronel resultaba ser un jefazo de la OTAN o, muchísimo peor aún, un ruso que se «pasaba»?

Johnny, ahora también como Müller, con los ojos en el monitor, aceleró la marcha. Estaba a unos veinte metros de la temida barrera

cuando uno de los soldados alargó su mano hacia el interruptor que ponía en marcha el mecanismo de rayos antiépsilon. Desesperado Johnny apretó con furia el botón de aceleración. Sabía que estaba poniendo en serio peligro la estructura de la nave al obligarla a un ritmo de aceleración para el que no estaba preparada, pero no tenía opción. Como un fogoso caballo al ser picado en sus flancos por las espuelas, la nave pareció saltar hacia adelante, rebasando en contados segundos la abertura de salida. Por las cámaras de cola, Johnny y el sargento pudieron ver la barrera cerrarse inútilmente tras la nave. Los dos dieron sendos suspiros de alivio, pero el mayor no redujo la aceleración, aún estaban bajo la acción de los fusiles láser.

Pero la ventaja adquirida era decisiva. Un par de minutos más tarde, la nave comenzaba a tomar altura.

—Bien, amigos —dijo Johnny, por el intercom—, el viaje hacia Medon ha comenzado.

CAPITULO V

La nave había alcanzado ya los noventa mil metros de altura y seguía ascendiendo a una velocidad superior a los cien mil kilómetros por hora. Sus cuatro ocupantes bebían café de una máquina automática, de las muchas que allí había. Estaban en el salón-comedor, un lugar pequeño, pero amueblado con todo confort.

—Aquí no pasaremos hambre ni sed —se solazó Johnny, abarcando con la mirada la serie de máquinas automáticas que les proveerían de comestibles y bebidas.

—Puedo asegurarles que no falta de nada —dijo con orgullo Karl—. Yo mismo me cuidé de subir a bordo los víveres.

—Nunca podremos agradecerle lo suficiente lo que ha hecho por posibilitar este viaje, sargento —dijo con voz grave Ashtonius.

—Nunca podré agradecer yo a ustedes que me permitan participar de él —respondió muy conmovido Karl.

Edward consumió toda su bebida antes de preguntar:

—¿Seguimos la dirección indicada por Ibrahim al Hazam?

Johnny tomó la palabra.

—Sí. Mientras no se demuestre lo contrario buscaremos Medon donde él nos dijo que está.

—¿Y si no le encontramos?

El mayor hizo un gesto de impotencia, pero Ashtonius brindó una respuesta inesperada y sorprendente.

—En ese caso será usted, Edward, quien nos guiará hasta Medon.

—¿Que yo…? —se atragantó el aludido cuando pudo hablar—. Pero si yo no tengo la menor idea…

—Hay muchos «yo» en usted —le interrumpió el sabio—. Muchos. Más de los que usted imagina. Uno de esos «yo» nos guiará hasta nuestro destino.

Desorientado, Edward miró a Johnny y Karl, como buscando apoyo, pero sólo encontró en sus sonrientes caras un total asentimiento a lo dicho por Ashtonius.

La conversación derivó por cauces más intrascendentes, hasta que el mayor de los cuatro disimuló delicadamente un bostezo y anunció que, si su presencia no era necesaria, se iría a dormir.

—En realidad —rió Johnny—, los cuatro podríamos irnos a dormir, ya que la automaticidad de la nave es total, pero Karl y yo nos turnaremos para vigilar el instrumental. Así que, buenas noches, Ashtonius; buenas noches, Edward.

—No, yo me quedaré… —intentó protestar éste, pero fue de inmediato interrumpido por el comandante de la nave.

—Buenas noches, Edward. Es una orden.

Dado que la tripulación normal de la Pioneer era de ocho personas, había lugar de sobra en los cuatro camarotes, cada uno de ellos con dos camas y posibilidad de agregar una litera. Y los cuatro con servicios privados.

«No viven mal los astronautas», pensó Edward echado sobre una confortable cama en el camarote que le había sido asignado. Había regulado el aire acondicionado a 20 grados centígrados, lo que proporcionaba una agradable temperatura al ambiente. «Así se pueden recorrer unas cuantas galaxias…».

No completo su propia broma porque de repente se hizo carne en él que estaba atravesando el Universo a cien mil kilómetros por hora. «¡Qué dirían los compañeros de John Aldison & Company, si lo supieran!». Pensó en Maggie, la rubita que pasara con él un fin de semana en Brighton un par de meses antes. La máxima aspiración de la chica era conocer las islas del Caribe y él le había dicho que no pensaba llegar tan lejos en su vida. Sus puntos de referencia más lejanos eran Moscú, Atenas y Gibraltar. Y ahora…

La imagen de Kyra se expandió por su mente como un enceguecedor rayo de luz. No estaba dormido y, sin embargo, la «veía» con tanta claridad como en el «Sueño». De pie y con los brazos extendidos hacia él, Kyra le sonreía. «Pronto estaremos juntos», dijo él en voz alta, sin darse cuenta de que lo hacía. Al oírle, ella le sonrió. Sí, por primera vez le había escuchado. A pesar de los haces de rayos y de la antimateria, Kyra había podido escuchar su voz. «¿Será porque ahora estoy más cerca de ella?»,

llegó a preguntarse con ingenua incongruencia Edward.

Fuera de la realidad del camarote y la nave espacial, con todos sus sentidos puestos en la brillante figura que parecía tener ante sí, el muchacho, entusiasmado al comprender que ella le oía, se decidió a hacer la gran pregunta: «¿Vamos en la dirección correcta?». Y abría jurado que «vio» a la muchacha asentir con la cabeza, acentuando aún más su sonrisa.

Después todo se hizo más confuso.

—¡Eh, muchacho, es hora de levantarse!

Abrió los ojos asustado, pensando que era el mismísimo señor Aldison, su patrón, quien venía a recriminarle el no haber concurrido a tiempo a la oficina, pero se encontró con el sonriente y bien despierto rostro de Johnny, y entonces recordó que no estaba en su cama de Londres, sino en su cama del espacio.

—¡El desayuno británico te espera, Edward!

—¿Todo va bien?

—De primera.

—Estupendo. En un par de minutos estaré con vosotros.

Con buen apetito, los cuatro despacharon un excelente desayuno provisto por las máquinas y seleccionado por Karl. Como buen alemán, había incluido salchichas en el menú.

Cuando bebían la última taza de café, Edward relató la visión —desde luego, no se trataba de un sueño que tuviera la noche anterior. Como imaginaba, fue escuchado con suma atención por los otros tres. Y como también imaginaba, Ashtonius tomó la palabra cuando él acabó su relato.

—El asentimiento de Kyra a su pregunta sobre si seguíamos el rumbo correcto es la mejor noticia que podíamos recibir, Edward —dijo—. Esto, además de confirmarnos que marchamos en la debida dirección inicia un diálogo entre usted y Kyra que nos será de incalculable valor en las próximas jornadas.

—¿Usted cree que ese diálogo podrá continuar? —preguntó el muchacho, con ansiosa voz.

—Estoy seguro de ello. Una vez iniciado el diálogo no se interrumpe nunca. Al menos, eso es lo que todos afirman.

Edward alzó su mirada sorprendida hacia Ashtonius. —Ha dicho «lo que todos afirman», ¿significa eso que ha habido diálogos?

—Sí, ha habido otros diálogos. Ibrahim al Hazam sostuvo uno

durante mucho tiempo, y también Mecer Tadeus. Según Fulcanelli, dos monjes del siglo Once dialogaron con Medon en una noche de tempestad. Creyendo haber ofendido al Señor por hablar con gentes de mundos que tal vez no hubiesen sido creados por Él (eso temían los pobres monjes), relataron la conversación a su confesor, quien les exigió que nunca hablasen de ella con nadie, so pena de revocar la absolución que les concedía. Felizmente para la posteridad, el confesor era un hombre de gran cultura y, evidentemente impresionado por la historia, copió lo más fielmente que pudo el famoso diálogo. Ocho siglos más tarde, Fulcanelli descubrió el manuscrito en la biblioteca de una anónima parroquia del norte de Italia. Se habla de otros diálogos, pero…

—¿Con qué habitantes de Medon hablaron esos hombres? —interrumpió Edward, incapaz de reprimir por más tiempo el temor que le dominaba. Le aterraba el pensar que la respuesta de Ashtonius fuera «Con Kyra».

Las palabras del sabio, felizmente para él, fueron ambiguas, pero tranquilizadoras.

—Las interlocutoras fueron siempre mujeres, pero de distintas edades y que vivían distintas circunstancias. —Quisiera saber mucho más sobre esos diálogos. ¿De qué hablaban esas mujeres de Medon, si es que hablaban? ¿O se limitaban a extender sus brazos, como Kyra?

Ashtonius se disponía a responder, cuando Johnny se puso de pie, inmediatamente imitado por Karl.

—Nos vamos a echar una ojeada al instrumental —dijo el mayor —. Ustedes tienen todo el tiempo del Universo para seguir charlando.

—El relatar en detalle los diálogos —comenzó el sabio— nos llevaría días y días. Por supuesto, esas mujeres hablaban, y no sólo no pedían ayuda, sino que muchas veces la ofrecían.

—¿Que ofrecían ayuda? ¿A sus interlocutores humanos?

—Sí, aunque pueda parecernos increíble. Es evidente que los habitantes de Medon, algunos de ellos, al menos, podían conocer lo que estaba ocurriendo en la Tierra y, esto es más sorprendente todavía, lo que *iba* a ocurrir.

—¿Debo entender que los de Medon podían predecir acontecimientos terrestres? —la lentitud con que Edward articulaba

las sílabas hablaba del estupor que le dominaba.

—Sí, así es —afirmó con su voz y su cabeza Ashtonius—. En el caso de Ibrahim al Hazam, le anunciaron repetidas veces que los árabes perderían la Península Ibérica, vencidos por los reyes cristianos. Como esto ocurría en el siglo X, los califas y sultanes a los que el poeta comunicó la novedad se le rieron en la cara. A los dos pobres monjes, no olvide que con ellos hablaron en el siglo XII, les anunciaron el desastre de las Cruzadas y la caída de Constantinopla. Como en el caso de al Hazam, ofrecieron ayuda para evitar que esos sucesos ocurrieran. Como ya he dicho, los monjes relataron el diálogo sólo a su confesor y éste, tal vez temiendo que todo se redujera a una herética superchería de sus penitentes, se limitó a trascribir lo oído en el pergamino y a callar para siempre.

—Resulta extraño que los diálogos, que se producían con relativa frecuencia en la Edad Media, se hayan interrumpido hasta hoy… aunque yo no puedo hablar propiamente de «diálogo» en mis contactos con Kyra.

—No se interrumpieron. Espigando pergaminos, incunables y simples folios manuscritos, se encuentran referencias vagas a diálogos con «el más allá». Es de presumir que las guerras, las persecuciones, religiosas y de todo tipo, han sellado las bocas de muchos que, por temor a ser considerados «adoradores del Demonio» o, simplemente, enemigos del orden constituido, cualquiera que ese orden fuese, han callado por siempre. No obstante —Ashtonius movió la cabeza como dando a entender que la referencia podía no ser cierta—, yo mismo descubrí en el año 1944, cuando las bombas voladoras alemanas caían sobre Londres, algo muy curioso.

—¿La trascripción de un diálogo?

—No exactamente. Durante una noche horrible, en que las bombas teledirigidas acabaron con manzanas enteras, yo, que por haber sido herido en combate había sido trasferido a la Home Guard, penetré en un edificio en llamas, buscando posibles sobrevivientes. No los había, aunque afortunadamente tampoco había cadáveres, pero la destrucción era muy grande. Tras recorrer el piso alto y el bajo, descendí al sótano, lugar donde siempre se escondían los vecinos durante los bombardeos. Tampoco allí había nadie, pero en cambio descubrí una viejísima biblioteca, que había

quedado al descubierto por haberse derrumbado una falsa pared que la ocultaba anteriormente. No necesito decirle que los libros han sido la gran pasión de mi vida —hizo un gesto como de disculparse a sí mismo—, y no me avergüenza confesarle que me llevé de esa biblioteca todos los que pude. De todos modos, el fuego iba a acabar con ellos en pocos minutos. Lamento no haber dispuesto de más tiempo… —con una mirada a Edward volvió a la realidad—. Estoy hablando demasiado. La biblioteca parecía datar de mediados del siglo pasado y, sin lugar a dudas, había pertenecido a un iniciado. Tal vez fueron esos polvorientos libros los que me indicaron el camino que he seguido durante toda mi ya larga vida, pero eso es otra historia. En resumen, entre los libros aparecieron varias hojas de papel cubiertas por una letra menuda y nerviosa. Allí se hablaba de unas misteriosas «conversaciones», nunca se menciona a Medon, sólo se dice «la Señora». «La Señora me dijo», «la Señora me advirtió», etcétera. Desde que supe de la existencia de Medon y conocí los diálogos que se han sostenido a través de los siglos con sus habitantes no he dudado de que esa misteriosa «Señora» hablaba desde nuestro amado planeta lejano.

—¿Qué decía la Señora?

Ashtonius hizo un gesto vago.

—Hablaba de muchas cosas, la mayoría circunstanciales y sin mayor importancia. Incluso daba consejos a su interlocutor terrestre sobre la mejor manera de enfocar sus estudios sobre la Santísima Trinidad, tema que parecía ser de especial preocupación para el anónimo iniciado.

—¿Esa Señora nunca hizo profecías sobre el futuro terrestre?

El rostro del sabio se ensombreció. —Sí, también hizo profecías.

—¿Qué profetizó?

—Habló de las tres guerras del siglo veinte.

—¿Las tres guerras?

—Eso decían los manuscritos. «La Señora me ha dicho anoche que Marte gobernará la Tierra durante tres Lunas Mayores en el siglo que ha de venir. En la primera Luna, los europeos se destruirán entre sí, hasta la llegada de los Hermanos Unidos (así designaba Nostradamus a los Estados Unidos). En la segunda, una Walkiria dominaría a Lutetia, para ser finamente dominada por ella». Obvia referencia a la conquista de París por los alemanes y su

posterior derrota a manos de los franceses. También decía que en esa guerra las setas comenzarían a aparecer en la Tierra hasta ahogarla con sus emanaciones. «Esto no logró entenderlo», había escrito el iniciado al llegar a este punto. Es lógico y disculpable que el pobre hombre del siglo diecinueve no lograra entender la referencia a los «hongos» atómicos y a sus ya conocidas y fatídicas consecuencias. Como Ashtonius quedó en silencio, Edward le instó a continuar.

—Y de la tercera Luna, ¿qué decía la Señora? El sabio hizo como para indicar que no se sentía personalmente comprometido por las palabras que iba a pronunciar.

—¿No profetizó la Señora para la tercera Luna?

—Dijo algo así como «en ese tiempo florecerán las setas y sus flores serán pestilentes. Donde hubo vida, habrá muerte. Morirán los viejos y los nuevos, los del Este y los del Oeste, los del Norte y los del Sur. Será la última Luna».

Durante los dos días que siguieron a la entre Ashtonius y Edward el viaje continuó sin novedad.

Johnny se excitaba pensando que no estaban lejos de su objetivo y Edward compartía su optimismo. Kyra no había vuelto a mostrarse y todos lo interpretaban como una demostración de que estaban en el buen camino.

Ashtonius, Johnny y Edward bebían café y fumaban en el salón en la tarde del cuarto día de viaje, cuando Karl apareció en el dintel de la puerta con preocupado rostro.

—Mayor —dijo—, me gustaría que le echara una ojeada al radar.

Varios puntos crecían de tamaño en la pantalla luminosa, ante la vista preocupada de los dos militares.

—Podría ser una lluvia de meteoritos —arriesgó con poca convicción Karl.

Pero en ese preciso instante la primera explosión sacudió la nave.

CAPITULO VI

Antes que Johnny tuviera tiempo de reaccionar los controles automáticos de emergencia ya habían actuado, elevando casi verticalmente la nave hasta una altura diez mil metros superior a la que llevaba.

—¡El totalvisor! —ordenó el mayor a Karl, en tanto él se colocaba ante el panel de mando.

La información del sargento llegó de inmediato.

—Tres naves nos atacan, señor. Son pequeñas y su forma me recuerda a los *Spitfire* de la Segunda Guerra Mundial. Los tenemos enfrente de nosotros.

—Programe el ángulo de tiro.

—Ya está programado, señor.

Johnny oprimió tres botones, los correspondientes a los tres cañones de proa, que lanzaban cargas de desintegración capaces de volatilizar en dos décimas de segundo una aeronave dos veces más grande que la Pioneer.

La pantalla del totalvisor mostró a Karl las explosiones. Ninguna de las naves enemigas había sido alcanzada.

—El enemigo tiene capacidad de ultradetección, señor. Son muy veloces…

—Reprograme en serie de búsqueda.

—Listo, señor.

Ahora las cargas de la Pioneer «buscarían» literalmente las naves enemigas. Johnny volvió a oprimir los tres botones.

—¡Hemos dado a uno, señor!

—Deberíamos haber dado a las tres —se impacientó Johnny.

—Son más veloces que nosotros, señor.

En efecto, lo eran. El programador de alcance informó a Johnny que la velocidad de las naves enemigas era de ciento sesenta mil kilómetros por hora, un sesenta por ciento más que la propia. Por

otra parte, las dos sobrevivientes se aprestaban a lanzar un nuevo ataque. La contundencia del fuego de los terrestres era evidente que les había desconcertado, obligándolos a pasar a la defensiva. Ahora, superada la sorpresa inicial, volvían a la carga.

—¡Nos atacan, señor!

No había terminado de decirlo cuando dos explosiones, una a babor y otra a estribor, pero ambas muy próximas, volvieron a sacudir la nave.

—¿Qué tipo de cargas emplean?

—He pedido el informe, señor. Se lo transmitiré no bien lo tenga.

Los dedos de Johnny oprimían constantemente los botones de las ametralladoras de tiro ultrarápido. Pero el enemigo era demasiado veloz para alcanzarlo con tales armas.

—Tengo el informe, señor —resonó la voz con marcado acento germano del sargento en los auriculares del comandante—. Son cargas nucleares similares a las que la OTAN tenía veinte o treinta años atrás.

—Buena noticia. Si no logran un impacto, el blindaje resistirá.

Las dos pequeñas naves volvieron a mostrar sus agresivos morros en la pantalla del totalvisor.

—Vuelven, señor.

—Esta vez no podemos fallar.

Como en los juegos electrónicos de los niños terrestres, Karl veía ante sus ojos las evoluciones de los que él llamaba «cazas» enemigos. Seguían un rumbo zigzagueante que, dada la escalofriante velocidad que mantenían, hablaba muy bien de los ingenieros que los habían diseñado. «¿De dónde vendrán y por qué nos atacan?», se preguntaba el sargento.

La misma pregunta se hacía Johnny, aunque con los dedos sobre los correspondientes botones, a la espera de la señal para oprimirlos en el momento oportuno. ¿Por qué les habían atacado sin pedir previamente que se identificaran? Desde luego, no se trataba de naves terrestres, y esto hacía más incomprensible la actitud agresiva. En los pocos encuentros que hasta entonces ocurrieran entre naves de la Tierra y de otras galaxias se habían respetado las no escritas reglas del Derecho Interespacial. Es decir, cada uno había seguido por su lado, negándose en todos los casos los

extraterrestres a responder a los intentos de contacto de los humanos, pero sin demostrar la menor actitud agresiva. ¿Por qué, entonces, estas…?

Llegó la esperada señal y Johnny oprimió los tres botones correspondientes a los cañones de proa.

—¡Les dimos, señor!

Johnny exhaló un prolongado suspiro de alivio y se repantigó en su asiento.

Minutos después, con los comandos automáticos manteniendo firmemente el rumbo propuesto por Ibrahim al Hazam, los cuatro terrestres bebían café en el salón.

—El ordenador no nos ha podido informar sobre la procedencia de los atacantes —decía Johnny.

—¿Es eso normal? —quiso saber Ashtonius.

—No, no lo es. Siempre que ha habido encuentros con naves no terrestres, los ordenadores han detectado su procedencia.

Ashtonius dirigió una larga e intencionada mirada al mayor.

—¿Qué deduce usted de eso, Johnny?

El interrogado sonrió ampliamente antes de responder. Karl participaba de la alegría de su superior, en tanto Edward miraba a los otros sin comprender.

—Deduzco lo mismo que usted, Ashtonius —dijo; Johnny, por fin—. Que el planeta al que pertenecen las naves que acaban de atacarnos no figura en los programas de los ordenadores terrestres.

—En otras palabras —Ashtonius acompañó sus palabras con un gesto de aquiescencia—, que esas naves procedían de Medon.

Edward dio un respingo.

—¿De Medon…? —fue todo lo que atinó a decir. Johnny, ahora serio, afirmó varias veces con la cabeza.

—Sí, Edward, de Medon —dijo, agregando—: Creo que esas naves eran una especie de «guardacostas». Y creo algo más: Que nos estaban esperando.

Las inesperadas palabras del mayor dejaron atónitos a sus oyentes, incluido el flemático Ashtonius, que fue el primero en reaccionar.

—Si su suposición es correcta no nos augura nada bueno —murmuró entre dientes.

—Deben estar preparando un comité de recepción para darnos la

bienvenida —se atrevió a bromear el sargento.

Johnny, todavía con su taza de café en la mano, volvió a tomar la palabra.

—Si los cálculos de Ibrahim al Hazam son correctos estamos a sólo trescientos mil kilómetros de Medon. La aparición de los «guardacostas» parece avalar sus afirmaciones. Cien mil kilómetros más o menos, lo cierto es que estamos muy cerca de nuestra meta.

—Pero si saben de nuestra llegada y nos están esperando… —se inquietó Edward.

—Debemos considerar esa posibilidad —aceptó Johnny— y obrar de acuerdo a ella. Felizmente, nuestra nave está provista de «Simulador».

—¿«Simulador»? —el tono de voz con que Ashtonius hacía la pregunta llevaba implícito un claro reproche a la vulgaridad del término.

—Le llamamos así —sonrió Johnny—, aunque tal vez «Ocultador» o, mejor todavía, «Despistador», serían nombres más apropiados. Se trata de una trampa antiradar, como las que se conocen desde hace varias décadas, sólo que mucho más sofisticadas. No sólo no sabrán el lugar de nuestro descenso, sino que les haremos creer que estamos a mil kilómetros de distancia.

—Eso empareja un tanto las posiciones —concedió Ashtonius.

—Planeta no identificado por el ordenador a ciento treinta y siete mil kilómetros de distancia, señor.

—Excelente noticia, Karl. Comience a programar desaceleración y descenso.

Johnny abandonó por un instante su puesto ante el panel de mando y fue hasta la pantalla del totalvisor. Podía haber utilizado su propio monitor, pero pensó que ver Medon por primera vez justificaba caminar diez pasos.

En la gran pantalla de definidos y radiantes colores, una esfera destacaba netamente de las formaciones que la circundaban. Al contemplarla, Johnny sintió que un puño oprimía su corazón. «Si realmente es Medon…». Sus sentimientos, mucho más que su razón, le decían que sí, que ese era el planeta soñado por generaciones y generaciones de herméticos, alquimistas e iniciados. Medon-Abraxas… El lugar donde el Bien y el Mal se dan en estado puro.

En su lecho, Edward dormía profundamente. De pronto, Kyra

apareció ante sus asombrados ojos. Era la misma Kyra de siempre y, sin embargo, era distinta. Al punto, el muchacho no supo decir en qué consistía la diferencia, pero pronto supo a qué atenerse: Kyra reía, feliz, y él oía su risa. «¿Por qué ríes?», le preguntó. «Porque muy pronto estaremos juntos», fue la inmediata alegre respuesta. No bien decirlo, comenzó a alejarse hasta desvanecerse en una niebla grisácea de antimateria, pero agitaba sus manos gozosamente hacia él y Edward despertó cubierto de sudor, pero también de esperanza.

—Creo que a Edward corresponde el honor de ser el primero en pisar el suelo de Medon.

El muchacho sonrió confuso a Johnny.

—No, no —se evadió—, cualquiera de ustedes tiene muchos más méritos que yo…

—Estoy de acuerdo con usted, Johnny. Edward es quien debe descender primero.

La firmeza del tono de Ashtonius cerraba la discusión.

«Es un hermoso paisaje», fue lo primero que pensó el muchacho, tras poner pie en Medon. Estaban en lo que sería un valle terrestre, con alto césped de un extraño color celeste y árboles de verde tronco y azules hojas. A derecha e izquierda, se alzaban montañas de una altura que Karl estimó en mil metros. Un par de animales cuadrúpedos, de aspecto similar a gamos, aunque más pequeños y de color verde, huyeron a la carrera al verlos. Colgado de un árbol por sus dos pequeñas manos, la versión en rojo de un mono terrestre contemplaba con curiosidad y sin temor a los humanos. Karl le hizo un gesto de burla y el bicho respondió con un chillido. No había seres similares a los humanos a la vista.

—¿En qué dirección avanzaremos, señor? —quiso saber Karl, mientras, ayudado por Edward, bajaba de la nave armas y macutos conteniendo agua y víveres.

Johnny se disponía a responder, pero Ashtonius se le adelantó.

—Usted es el que manda, Johnny, pero, si me permite dar mi opinión… —el mayor se apresuró a dar su aquiescencia con un gesto—. Bien, en ese caso, creo que debemos pedir a Edward que nos guíe.

—Pero si yo…

—Kyra, a través de su mente, será la que en verdad nos guíe

hasta ella.

No hubo objeciones al razonamiento de Ashtonius. Macutos a la espalda y armas en mano, iniciaron la marcha tras Edward.

—Les llevará tiempo a los «guardacostas» encontrar la nave —dijo Johnny, echando una nostálgica mirada hacia atrás, hacia la Pioneer.

—Espero que esté allí cuando regresemos —apuntó Karl.

Marcharon sobre el mullido césped durante algo más de media hora, sin encontrar otra cosa que algunos animales, muchas aves y un río no muy ancho, que pudieron vadear sin problemas. De pronto, Edward, que seguía marchando en cabeza, pidió silencio con un rotundo gesto de su mano. Tras escuchar algo que los otros no podían oír durante casi un minuto, se unió a sus compañeros, que se habían detenido un par de metros por detrás.

—Oigo, un sonido que juraría es música —murmuró al oído de Johnny.

El mayor se adelantó sigilosamente, indicando a los otros con un gesto que lo esperaran donde estaban. Tal como Edward dijera, muy pronto también él pudo escuchar música. Pero no era un sonido agradable. Por el contrario, disonancias y violentos agudos parecían haber sido puestos ex profeso para molestar a los oyentes. Protegido por el alto césped siguió avanzando en cuclillas.

Doscientos metros más adelante, un alto árbol se ofreció a sus ojos como un excelente puesto de observación. Ágilmente, trepó por sus gruesas ramas.

Llegado a unos ocho metros de altura oteó el horizonte con sus prismáticos. De inmediato obtuvo respuesta a sus interrogantes. A unos quinientos metros al frente se alzaba un grupo de construcciones bajas y rectangulares. Muchos —tal vez un centenar— de seres similares a los humanos, se paseaban entre ellas. Era evidente que no se dirigían a parte alguna y que parecían disponer de todo el tiempo del mundo. Todos vestían pantalones y una especie de jersey de cuello alto, muy ajustados al cuerpo y de color plateado. Pero esos no eran todos los seres vivos que se ofrecieron a la vista del observador. También pudo ver otros vestidos con ropas de color verde y armados con lo que parecían escopetas de caños recortados, que se paseaban por parejas en el espacio que quedaba libre entre los otros seres y una extraña «pared» de color azul que

cerraba el perímetro. De inmediato, Johnny se hizo cargo: un campo de concentración, una prisión vigilada por soldados o policías y protegida por un «muro» de algún equivalente de los rayos láser terrestres. El mayor se apresuró a descender y regresar junto a sus compañeros.

—Creo que lo más conveniente para nosotros es rodear el campo y rebasarlo sin ser vistos —dijo, tras poner a los otros al tanto de lo que acababa de ver.

—Soy de la misma opinión —corroboró Ashtonius; y los otros asintieron con la cabeza.

—En marcha, entonces.

Pudieron pasar sin ser vistos a la vera del campo de concentración, ya que los centinelas tenían la vista fija en los prisioneros y, al parecer, no disponía el campo de sistemas de detección exteriores. Lo más molesto, casi insoportable, fue para ellos el estridente sonar de la música. «Antimúsica», la definió Ashtonius. Y todos estuvieron de acuerdo con Johnny cuando dijo que seguramente se trataba de un sistema de tortura.

Ocho o nueve kilómetros más adelante volvieron a escucharse ruidos, esta vez de voces. Desde la meseta de un pequeño altozano, los cuatro pudieron ver de dónde provenían los sonidos. Se trataba de una pequeña población constituida por medio centenar de casas que parecían copiadas de las que viera Johnny en el campo de concentración, aunque de mucho menos tamaño que aquéllas. Por las calles, y especialmente en un gran espacio abierto central, discurrían decenas de hombres, mujeres y niños. Los hombres tenían ropas idénticas a las de los prisioneros, pero de color marrón, y las mujeres túnicas blancas, igual que los niños.

Sin embargo, la escena no reflejaba vitalidad y alegría, sino temor y tristeza, porque también aquí, como en el campo, estaban los centinelas y el «muro».

—Aquí parece que le temen al pueblo —filosofó Karl.

Siguieron adelante sin dejarse ver.

Tras andar otros tantos kilómetros, volvió a oírse la horripilante música. Ocultos tras arbustos, los cuatro pudieron contemplar otro campo de concentración similar al primero.

—¿Es que todo Medon será una inmensa cárcel? —masculló Edward.

—Creo que sí —murmuró Johnny, agregando—: Y eso me da una idea.

CAPITULO VII

—Todo Medon es una inmensa cárcel —repitió Johnny a sus compañeros— y eso significa que la intensa mayoría de la población es prisionera de unos ecos muy crueles.

—El Bien y el Mal absolutos… —murmuró Ashtonius.

—Sí —prosiguió el mayor—, y es evidente que ahora es el Mal quien reina en Medon. Mi idea es muy sencilla, aunque sea de difícil realización —miró a los otros—. Si lográramos liberar a esos prisioneros…

—Tendríamos centenares y después miles de aliados —completó Edward.

—De eso se trata. Ustedes dirán si les parece factible. No puedo embarcarlos en una aventura que puede llevarlos a la muerte, sin…

—Cuente conmigo, mi mayor.

—Y conmigo.

—Y conmigo.

—Bien, entonces, sólo nos queda estar en vigilante espera.

—¿Espera? —se sorprendió Karl.

Johnny le sonrió.

—No pretenderá atravesar con su pecho el «muro» de rayos, teniente.

—Si, si, claro; pero, siendo así, no veo cómo podremos…

—En algún momento alguien tendrá que entrar o salir y se abrirá una puerta en el «muro». Entonces entraremos nosotros por ella —se incorporó y los otros lo imitaron—. Tomaremos posiciones más próximas —dijo.

Tuvieron que esperar casi tres enervantes horas, pero la espera tuvo su recompensa. En determinado momento, un pequeño vehículo similar a un automóvil terrestre, pero con colchón de aire en lugar de ruedas, se detuvo ante un punto del «muro» que en nada se diferenciaba del resto.

—Adelante —murmuró Johnny.

Avanzaron arrastrándose por entre césped y arbustos. Los últimos quince metros los tendrían que cubrir a la carrera y a cara descubierta, ya que era terreno despejado, pero ese era un riesgo que no había más remedio que correr.

Estaban a unos doce metros del vehículo y dieciocho o veinte del «muro», cuando éste comenzó a abrirse, dejando una abertura de unos cinco metros de ancho.

—¡Ahora! —gritó Johnny, cuando el coche se ponía en marcha.

Incorporándose de un salto, inició la desesperada carrera. El ensordecedor estrépito de la «antimúsica» ahogaba el ruido de sus pasos, como antes ahogara el sonido de su voz.

Cuando el vehículo, que avanzaba muy lentamente, llegó a la altura del «muro», Johnny estaba ya pegado a su parte posterior y sus compañeros le seguían tres o cuatro metros por detrás de él. En ese instante fueron descubiertos por un guardia que les señaló, mientras gritaba algo inaudible. Edward disparó una corta ráfaga de su eyector de láser y el tipo simplemente desapareció.

De forma simultánea, la música fue reemplazada por un sonido agudo y prolongado, obviamente una señal de alarma.

—¡Daos prisa! —urgió Johnny, que había atravesado el «muro».

El último en penetrar en el recinto fue Ashtonius y los rayos se cerraron a medio metro de su espalda.

—¡Fuego a discreción!

No había acabado Johnny de dar la orden cuando ya Edward y Karl habían desintegrado a sendos guardias.

La sorpresa era total. Nunca los carceleros podrían haber imaginado semejante ataque y demoraron minutos en organizar una resistencia efectiva. Del vehículo descendieron a la carrera dos seres con aspecto de oficiales y armas en la mano, que fueron de inmediato desintegrados por el propio Johnny, y esto contribuyó grandemente al desconcierto de los guardias.

Pero hubo algo más y muy importante. Con una rapidez mental y volitiva que Edward consideró imposible de igualar por seres humanos en idénticas circunstancias, los prisioneros se hicieron cargo de la situación y pasaron al ataque. No tenían armas, pero eran muchos y los guardias estaban visiblemente atemorizados. Un grupo de unos doce prisioneros se abalanzaron sobre un guardia y,

sin que éste pudiese hacer nada por evitarlo, le arrebataron el arma y lo mataron con ella. De ahí en adelante, las cosas fueron fáciles para los humanos y sus aliados. Cuando Johnny acababa con una pareja de guardias que se disponían a disparar sus armas sobre la masa de prisioneros, uno de éstos, joven y de inteligente aspecto, se acercó a él y le habló en un idioma incomprensible. Pidiéndole que aguardara con un gesto de su mano, Johnny conectó el «*Translator*» que, tanto él como sus compañeros, llevaban en el equipo.

—¿Puede entenderme? —preguntó.

—Sí —fue la inmediata y alborozada respuesta.

—Soy el mayor John Albert Reston, de la Tierra… Un intento de contraataque por parte de media docena de guardias provocó la muerte de siete u ocho prisioneros, pero fue finalmente abortada por la decidida intervención de Edward y Ashtonius, que dieron cuenta de los carceleros.

—Yo soy Rot, de Medon —era la primera vez que Johnny recibía confirmación indiscutible y definitiva de que era Medon donde se hallaban y, pese al momento, no pudo dejar de sentir una íntima alegría—, tirano sangriento —estaba diciendo el joven—. Gracias por venir a salvarnos. Ahora, si quiere, puedo guiarlo hasta el lugar donde se han atrincherado los hombres de Alok.

—¿Alok?

—Ya se lo he dicho, el sangriento tirano que ha convertido Medon en una inmensa cárcel.

—Guíenos —pidió Johnny, haciendo una seña a los otros para que lo siguieran.

Ya no quedaban guardias en ese sector del campo. Los terrestres podrían haber llegado solos al reducto enemigo sólo con seguir a los prisioneros que, algunos con las armas cogidas a los guardias y otros con nada más que sus manos, avanzaban a la carrera por la calle central del campo, en dirección a un edificio más alto que los demás y que cerraba el camino.

—¡Deténganse, retrocedan! —gritó un par de veces Johnny, utilizando el «*Translator*», pero todo fue inútil, los enardecidos prisioneros querían vengarse de sus torturadores.

Y ocurrió lo que desgraciadamente era previsible que ocurriera. Una descarga de algo entre el rayo láser y el gas asfixiante surgió de los defensores del reducto y acabó con la vida de, por lo menos, una

veintena de atacantes. Entonces, sí, los sobrevivientes se dispersaron, buscando refugio tras los edificios más próximos. También los terrestres y Rot se pusieron a cubierto.

—Lo siento —dijo el joven medoniano a Johnny—, la mayoría de mis compañeros de prisión tienen más odio que inteligencia.

Edward se mordía los labios para contenerse: hubiese querido preguntar en ese mismo instante a Rot si conocía a Kyra y si sabía cómo llegar hasta ella, pero comprendía que el momento no era el apropiado, con la muerte buscándoles a centímetros de donde se ocultaban.

—No será fácil acabar con los del reducto —comentó Johnny con fastidiado acento.

—Sí lo será —dijo Rot de inmediato, y los terrestres se le quedaron mirando.

—Tienen armas muy poderosas. Un ataque frontal…

—No estoy pensando en un ataque frontal —siguió el joven—, sino en una sorpresa.

Johnny le miró, preguntándose qué se entendería en Medon por «sorpresa».

—Dominan todas las aberturas, lo que nos impide tomar por asalto el edificio y muchos menos sorprenderlos —protestó.

La respuesta de Rot no pudo ser más breve y sorprendente.

—Vengan conmigo —dijo, y se puso en marcha en dirección contraria al reducto.

Sin mucho entusiasmo, los terrestres lo siguieron.

—¿Dónde pensará llevarnos este crío? —se quejaba a media voz Karl. Edward, por su parte, pensaba que el «crío» no tendría menos de veinte años, lo que lo elevaba por encima del peyorativo nivel en que el sargento quería conocerlo.

Rot se detuvo ante una pequeña construcción de no más de tres metros de lado por otros tantos de alto. Una puerta blindada cerraba el acceso al interior.

—Aquí dentro hay explosivos —susurró el joven, como temiendo que los guardias pudiesen oírle.

—Hum… —gruñó Johnny, sin entender adónde quería llegar el otro—. Pero esa puerta está cerrada y no debe ser fácil abrirla. Desintegrarla con nuestras armas, habiendo explosivos del otro lado, sería suicida.

—No será necesario utilizar armas. Yo puedo abrir esta puerta —dijo muy tranquilo Rot, mostrando la llave que había extraído de un bolsillo de su pantalón.

—¿Cómo es posible que un prisionero tenga la llave del almacén de explosivos? —se sorprendió Karl.

Rot sonrió.

—Llevo en este campo la cuarta parte de mi vida. Siempre pensando en huir. Tenía preparada una fuga para dentro de poco tiempo. Esta llave me la procuré hace mucho. Ella me iba a proporcionar la libertad.

—Aún está a tiempo de procurártela —dijo Edward, con admirativo acento.

El mismo Rot abrió la pesada puerta, penetró en el interior y volvió a salir de inmediato, portando cuatro pequeñas cajas rectangulares.

—Es un explosivo de acción inmediata, que actúa por simple choque —explicó.

—Bien —dijo Johnny, alargando sus manos—, permíteme que sea yo quien los emplee.

Pero aquí se encontró con una inesperada y firme negativa.

—Lo siento, seré yo quien los utilice. Llevo muchos años planeando esto.

Lo dejaron hacer, limitándose a seguirlo. Cuando le vieron ascender al vehículo que seguía detenido junto al «muro», los cuatro terrestres adivinaron cuál sería su próximo y decisivo paso.

En efecto, colocando los explosivos junto a él, en el asiento, puso en marcha el vehículo y, imprimiendo al coche una aceleración creciente, enfilo hacia el reducto.

—¡Va a hacer el kamikaze! —se horrorizó Karl.

—Espero que no —masculló Johnny, a quien el joven le resultaba especialmente simpático.

Desde el reducto comenzaron a disparar sobre el bólido que se lanzaba contra sus paredes, pero la velocidad del vehículo era tal que no lograron detener su marcha. Paralizados, los terrestres contemplaban la escena. Karl, sin poder contener sus nervios, gritaba «¡Lárgate de una vez, idiota!», como si el destinatario pudiese oírle.

Por fin, cuando hasta Johnny creía que Rot iba a inmolarse

voluntariamente, se abrió con violencia la portezuela del lado del conductor y un cuerpo rodó al exterior.

La explosión fue tremenda. La onda expansiva, buscando espacios abiertos, se lanzó por la calle principal, derribando a los terrestres. Ashtonius, a causa de la violencia del golpe, perdió momentáneamente la conciencia, y todos quedaron atontados y con contusiones. Cuando pudieron volver a incorporarse, el reducto ya no existía y Rot, a la cabeza de una entusiasta manifestación de ex prisioneros, se encaminaba hacia ellos.

—¡Gracias a vosotros somos libres! —proclamó el joven, siendo de inmediato corregido por Ashtonius, que se reponía velozmente de su desmayo.

—Creo que más correcto sería decir que gracias a usted somos libres y estamos vivos *nosotros* —el sabio no tuteaba a nadie, aunque le tutearan a él.

—¿De dónde venís?

—¿Cuál es el motivo de vuestra visita a Medon?

—¿Conocíais lo terrible de nuestra situación?

—Y pensar que los más ancianos recuerdan un tiempo de felicidad en nuestro planeta.

Medon-Abraxas… El Bien y el Mal Absolutos. Eran demasiadas preguntas y demasiados entusiasmos. Johnny cogió del brazo a Rot.

—Hemos venido a cumplir una misión que aún no hemos comenzado —le dijo—. Quiero que mis compañeros y yo podamos hablar contigo a solas.

Hablaron en el interior de uno de los que habían sido barracones destinados a los prisioneros. Y Edward fue el primero en hablar.

—¿Conoces a Kyra?

Rot puso cara de incomprensión.

—¿Kyra? Es un nombre de mujer medoniano; pero no, no conozco a nadie de ese nombre.

Desanimado, Edward miró a sus compañeros, como pidiendo ayuda.

Y la obtuvo.

—Será mejor que le cuente usted todo a nuestro nuevo amigo —dijo Ashtonius.

El muchacho hizo lo que el sabio le indicaba. Durante largos minutos habló sin ser interrumpido por Rot, que se limitaba a

mirarlo con expresión de asombro. Cuando calló Edward, habló el medoniano.

—Tu historia es apasionante —dijo—. El lugar que has visto en el sueño bien podría ser uno de los calabozos del Palacio, que ahora ocupa Alok. En cuanto a Kyra… —movió la cabeza indeciso, para de inmediato continuar—: No sé… Mi padre, a quien los esbirros del tirano asesinaron porque era miembro del Gobierno legítimo, hablaba de una bellísima mujer que gobernaba Medon en los tiempos de Felicidad y era encadenada en los tiempos de Odio. Pero yo siempre creí que esa mujer no existía, ni había existido nunca. Que era sólo un símbolo de nuestras libertades…

—Yo he visto a Kyra. He hablado con ella y ella me ha hablado a mí —se indignó Edward, que de ninguna manera podía aceptar que Kyra no fuese una mujer de existencia real.

Rot hizo un gesto de disculpa.

—Lo siento —dijo—. Es todo lo que sé al respecto.

Edward se disponía a seguir argumentando, pero Johnny se le adelantó.

—Comprobaremos por nosotros mismos si Kyra existe realmente o es sólo un símbolo de nuestra tarea —expresó con voz firme—. Iremos a Palacio.

—Y yo con vosotros —se apresuró a decir Rot.

—No podemos permitir…

El joven cortó de raíz las protestas.

—El Palacio está guardado por sistemas de seguridad y soldados. Aquellos son muy útiles y éstos muy numerosos y feroces. El Palacio es inexpugnable.

—Entonces nada podremos hacer, aunque tú vengas con nosotros.

Rot sonrió ampliamente. Pese a su elevada estatura y corpulencia, comunes entre los habitantes del planeta, cuando sonreía parecía un niño inocente y desvalido. Sin embargo, nada de inocente o desvalido surgía de sus palabras.

—Poder matar a Alok con mis manos sería mi mayor felicidad. También he pensado en ello durante mi largo cautiverio.

—¿No nos dirás que tienes un plan para entrar en el Palacio? —bromeó Johnny.

—Pues, sí, lo tengo —contestó el otro, muy serio.

—¡Excelente! —Edward estaba eufórico, pero Ashtonius se encargó de volverlo a la nada fácil realidad.

—¿A qué distancia estamos del Palacio y cuántos soldados de Alok podremos encontrar en nuestro camino?

Antes que Rot pudiera contestar, un ruido comenzó a crecer en el cielo. Johnny fue el primero en reconocerlo.

—¡Naves aéreas! ¡Vienen a atacarnos!

Corrieron al exterior. A simple vista, pudieron ver cómo se acercaban a altísima velocidad varios «guardacostas».

—¡Los malditos esbirros han tenido tiempo de transmitir la alarma! —se enfureció Rot.

Los edificios no podían ser refugio seguro contra las cargas de las naves. Las armas de que disponían eran juguetes de lactantes para las naves. La situación era desesperada y, sin embargo, Rot también tenía solución para ella.

—¡El túnel! —gritó y se echó a correr en dirección a los restos del reducto.

Los terrestres y todos los antiguos prisioneros se apresuraron a seguirle.

Una puerta trampa de un material parecido al acero se ofreció a la vista de los terrestres, entre las ruinas del reducto. Rot estaba haciendo grandes esfuerzos para levantarla. Sólo con la ayuda de Karl, Edward y un par de medonianos, pudo conseguirlo.

Una escalera descendía a las profundidades y por ella se abalanzaron todos. Una explosión todavía no muy próxima puso alas en los pies de terrestres y extraterrestres. Cuando el último de éstos penetraba por la abertura, una explosión arrancaba de cuajo la pesada puerta del túnel, pero ya todos estaban en él, a salvo del bombardeo.

Ciento diez kilómetros, cinco campos de concentración, seis poblaciones vigiladas, un acuartelamiento pequeño y otro grande, había dicho Rot que les separaban de Palacio. Por idea de Johnny, aceptada con entusiasmo por todos, terrestres y medonianos, fueron liberando prisioneros a su paso. Grupos de hombres bien armados se separaron de ellos, para ir, a su vez, a liberar otras poblaciones y campos de concentración.

Por fin, tras seis semanas de lucha incesante, dijo Rot.

—Ya sólo sus sistemas de seguridad nos separan del Palacio.

Al oír esas palabras, Edward sintió detenerse los latidos de su corazón.

Porque detrás de esos sistemas de seguridad estaban los brazos de Kyra extendidos hacia él.

CAPITULO VIII

Cuando llegaron frente al Palacio, Johnny, sus amigos y Rot, comandaban un ejército de varios miles de medonianos que se les habían unido al ser liberados de su cautiverio. Estaban irregularmente armados, pero poseídos de un irrefrenable entusiasmo y seguros de alcanzar la victoria sobre el tirano Alok y sus esbirros. En cuanto a éste, había utilizado sus aeronaves para intentar detener el arrollador avance, sin conseguirlo en absoluto. Como Rot informó a los terrestres, la fuerza aérea de Medon era mínima y compuesta por naves anticuadas, excepto en lo referente a la navegación espacial pacífica, que sí contaba con unidades modernas. Esto se explicaba porque la preocupación de Alok era mantener sojuzgados a sus súbditos lo que requería un ejército poderoso y no aeronaves de gran potencia de fuego. Por tal causa, las huestes de Johnny pudieron eludir con pocas bajas los bombardeos.

Pero el gran problema al que él y sus amigos tenían que enfrentarse eran las defensas del Palacio. Desde las posiciones que ellos ocupaban la inmensa construcción rectangular, no muy alta y de techo plano, como todas las de Medon, ofrecía un aspecto casi bucólico. En efecto, ni rayos ni muros la rodeaban, sólo un amplísimo y bien cuidado parque, en el medio del cual se veía un lago en el que nadaban unas bellas aves, mezcla de cisnes y patos terrestres.

Sin embargo, los dos intentos de asalto que ordenó Johnny acabaron en el más rotundo fracaso, muriendo una veintena de medonianos en ellos. No bien el primer hombre penetraba en el perímetro protegido aparecían los rayos mortíferos, salidos nadie sabía de dónde, y desintegraban al intruso en décimas de segundo. Y esto, al parecer, no tenía remedio.

Durante la segunda noche de estéril asedio, Edward volvió —

aunque fugazmente a soñar el «Sueño». Esta vez Kyra no estaba alegre como la anterior. Más bien, parecía extrañamente excitada. Sus ojos se elevaban hacia el alto techo, en tanto se refregaba las manos en señal de desesperada impotencia. Eso fue todo, porque de inmediato el muchacho despertó cubierto de sudor y con el corazón latiendo desacompasadamente. «¿Por qué estaría así Kyra? ¿Qué habrá querido decirme?».

Entonces se le ocurrió una posible explicación y corrió a comentársela a Johnny.

—Miraba hacia lo alto, como si de allí esperara auxilio.

—Sí, sí, entiendo tu razonamiento y es muy posible que sea el correcto. Hablaremos con Rot.

El joven acogió con entusiasmo la idea.

—Existe un tipo de aeronave utilizado para cortos trayectos, de aterrizaje y despegue vertical.

—Sería ideal para nosotros, ¿dónde podríamos encontrarles?

—Una de sus bases no está lejos de aquí. A unos siete kilómetros.

—Vamos.

Los cuatro terrestres, Rot y cuarenta hombres bien armados, se pusieron en marcha. Casi todo el territorio de Medon había sido liberado, pero la fuerza aérea y sus bases aún seguían en poder de los sicarios de Alok. Para evitar inútiles masacres se había dispuesto tomar antes el Palacio, en la seguridad de que, una vez prisionero el tirano, sus secuaces se entregarían sin lucha.

De todos modos, Alok y sus hombres ya no tenían capacidad ofensiva, viéndose obligados a refugiarse tras los sistemas de defensa de sus palacios y acuartelamientos, por lo que la marcha nocturna hacia la base pudo realizarse sin inconvenientes.

—Esa es una de las naves —dijo Rot, señalando un pequeño avión de muy cortas alas, que se hallaba, junto con otros de distinto tamaño, en una gran pista. Ellos estaban observando desde lo alto de una colina, a menos de mil metros de distancia.

—¿Habrá muchos soldados en el edificio de la base? —preguntó Johnny.

—No lo creo. No más de veinte o treinta —fue la inmediata respuesta del medoniano.

—Entonces no perdamos más tiempo —decidió el mayor.

No intentaron penetrar en la base, simplemente tomaron posiciones próximas al edificio y lanzaron contra él toda la potencia de sus armas. Los mortíferos rayos penetraron por las ventanas, desintegrando su transparente protección, y sembraron la muerte en el interior.

Cuatro minutos después de iniciado el ataque, un sonido similar al de las sirenas de niebla de los barcos terrestres se dejó oír.

—Quieren rendirse —explicó Rot.

Catorce aterrados esbirros de Alok fueron desarmados por sus compatriotas y alojados en un gran calabozo situado en el sótano del edificio. Tres medonianos fueron encargados de su custodia.

La aeronave tenía capacidad para sesenta pasajeros, por lo que el pequeño ejército pudo acomodarse sin problemas. Para Johnny, el manejo resultó sencillísimo, comparable al de los viejos helicópteros terrestres. En realidad, se trataba de la versión medoniana de un helicóptero, idóneo para cubrir cortos trayectos a baja velocidad y altura.

El viaje de siete kilómetros insumió un par de minutos. Sin reconocimiento del terreno, porque lo principal era la sorpresa, Johnny descendió sobre el plano techo del Palacio. Ningún ser vivo estaba en él.

Dos puertas trampa cerradas permitían el paso al interior del edificio; sin esperar órdenes, sendos grupos de medonianos se dirigieron a ellas y comenzaron a abrirlas.

Entonces comenzó el infierno.

Los ocho que intentaron abrir las puertas fueron desintegrados por rayos que parecían emanar de ellas mismas. Pero no fue todo. Una «pared» de algo grisáceo que Edward reconoció como la «antimateria» de sus sueños, comenzó a elevarse desde el lugar más alejado del donde los sorprendidos atacantes se hallaban, extendiéndose de inmediato a derecha e izquierda.

—¡Hay que huir de aquí! —gritó Johnny—. ¡Ese muro de muerte va a rodearnos y acabará con nosotros! Parecía obvio que la aeronave era el medio idóneo para la huida, pero Johnny señaló el borde que aún estaba libre del muro.

—¡No hay tiempo para poner en marcha la nave! —gritó—. ¡Habrá que saltar o descolgarse por la pared! El muro de antimateria o lo que fuese ya cubría del todo tres lados del

rectángulo y avanzaba rápidamente hacia los que intentaban escapar de la desintegración a que les condenaba.

Johnny, Edward y Rot miraron hacia abajo. Había una cornisa de algo más de medio metro de anchura tres metros por debajo de ellos.

—¡A la cornisa! —ordenó Johnny, señalándola.

Era un salto fácil, salvo porque la lisa pared no ofrecía el menor punto de apoyo y la anchura de la cornisa no era lo suficientemente grande como para evitar posibles caídas al vacío.

Johnny estaba acostumbrado a esas acrobacias. Flexionó a tiempo las piernas, amortiguando así el impacto del golpe. Antes de que él se incorporara caían a su lado Edward y Rot. Karl desde lo alto y los otros desde la cornisa ayudaron a Ashtonius, que llegó sin novedad. También el sargento y todos los medonianos excepto tres, que cayeron de la cornisa al suelo, que se hallaba unos diez metros por debajo.

—Ahora hay que encontrar una forma de penetrar en el Palacio —ordenó Johnny, comenzando a marchar por el estrecho sendero.

Pronto comprendieron que ninguna abertura daba a la cornisa. Sin embargo, uno de los medonianos llamó a Rot y le señaló lo que acababa de descubrir: en una de las paredes laterales —los lados más pequeños del rectángulo—, cuatro metros por debajo de la cornisa, había un gran balcón. El joven se apresuró a comunicar la buena nueva a Johnny.

Este y Rot, probablemente los dos más altos y fuertes del grupo, saltaron primero y recibieron en sus brazos a todos los demás. No obstante sus esfuerzos y los de otros que prestaron inmediata ayuda, dos medonianos sufrieron en la caída golpes que los dejaron fuera de combate. El resto destrozó la protección transparente de la puerta que comunicaba el balcón con el interior, sin temor a posibles defensas invisibles, y penetró, por fin, en el interior del Palacio.

—¿Es posible que no hayamos visto un solo soldado? —se extrañó Johnny.

—Eso mismo pensaba yo —respondió Rot, agregando—: Y preferiría que nos atacaran de una vez.

Atravesaron una gran sala, que parecía destinada a bailes o recepciones, y salieron a un amplio corredor. No se veía ningún ser

vivo.

—¿Habrá alguien en este Palacio? —se impacientó Johnny.

—Alok tiene que estar aquí —afirmó Rot.

—Puede haber escapado.

—Imposible. Está aquí.

—¿Dónde?

—Vamos al Salón del Trono.

Descendieron por una fastuosa escalinata, tal vez el único elemento de lujo en una arquitectura cuya simplicidad de líneas y evidente funcionalidad había llamado la atención de los terrestres. Otra cosa que los desconcertaba era la iluminación. Había luz más que suficiente para esos salones tan grandes y, sin embargo, no podían descubrirse sus fuentes.

—¿De dónde viene la luz? —preguntó Ashtonius a Rot.

—De todas partes —sonrió el joven—. De las paredes, del piso y del techo, mediante miles de células fosforescentes, en la construcción… —se detuvo abruptamente, señalando una doble puerta cerrada al fondo de un amplísimo corredor—. Esa puerta conduce al Salón del Trono —dijo.

Edward, Karl y Rot apuntaban sus armas hacia el interior, en tanto Johnny, con máximas precauciones, abría una de las hojas de la puerta. Previamente habían lanzado varios objetos contra ella, comprobando que ningún mecanismo ofensivo se accionaba.

Johnny acabó de abrir y, cubriendo su cuerpo tras la puerta, echó una rápida ojeada al interior. El Salón del Trono estaba vacío.

—No sé qué decir… —comenzó Rot, pero fue imprevistamente interrumpido por Edward.

—Sigamos bajando —dijo el muchacho. Ni él sabía por qué lo había dicho.

La gran escalinata terminaba en lo que parecía ser un inmenso vestíbulo, cuyo único ornamento eran cuatro columnas cuadradas.

—Sigamos bajando —repitió Edward.

—No se ve aquí ninguna escalera —protestó Karl. Estaba solo, adelantado al resto del grupo, y esas fueron sus últimas palabras. De pronto un terrible sonido, que parecía el rugir del huracán, se elevó sobre ellos. Una nube grisácea, como un torbellino, hizo presa del pobre sargento, que desapareció ante los ojos atónitos y horrorizados de sus compañeros. Con la misma rapidez con que

habían aparecido, desaparecieron música y nube.

—La Canción del Huracán… —murmuró Edward.

—¿Qué has dicho? —quiso saber Johnny.

—La Canción del Huracán, es algo que he oído durante el «Sueño».

Todos estaban impresionados, por lo que la intervención de Ashtonius fue muy oportuna.

—Debemos encontrar de inmediato a Alok —dijo—. De ello depende nuestra supervivencia.

Nada había en el vestíbulo que les permitiera seguir descendiendo, por lo que salieron por una gran puerta al pórtico que bordeaba un inmenso patio. En lado opuesto al que ellos se encontraban, pudieron ver el arranque de una escalera que descendía.

—¡Por allá! —se animó Edward.

El grupo de medonianos que marchaba en cabeza descendieron el escalón que separaba el pórtico del patio y entonces se produjo lo increíble.

El piso aparentemente sólido del patio desapareció y siete hombres cayeron a un vacío cuyo final no podía verse.

—El Abismo. También estaba en el «Sueño» —dijo Edward, con voz ronca.

Por el pórtico llegaron hasta la escalera. Ahora marchaban casi a la carrera, porque estaban llenos de odio y de furia. No buscaban protegerse, sino acabar con el maldito asesino que preparaba trampas mortales como si de sorpresas de cumpleaños infantil se trataran.

La escalera terminaba en un pasillo largo y estrecho, con una puerta cerrada al fondo. Se abalanzaron en tropel sobre ella, logrando abrirla sin mayor esfuerzo.

Lo que les esperaba del otro lado superó todo lo previsible, aún para seres tan preparados para lo inaudito como eran ellos.

En un recinto que bien podía haber sido el interior de una gran jaula de zoológico terrestre que simulara un ambiente africano, con palmeras y oasis, una decena de seres de muy baja estatura, provistos de largos colmillos y completamente desnudos. —«¡Los Enanos!», se aterró Edward— se abalanzaron sobre los medonianos más próximos, clavando en ellos sus colmillos y desgarrando sus

carnes, en un espectáculo de horror indescriptible, que paralizó durante segundos a los que lo contemplaban.

Johnny fue el primero en reaccionar. Con una larga ráfaga de su lanzaláser acabó con la vida de todos esos repugnantes seres. Pero no pudo evitar que su rayo desintegrara también a cuatro medonianos, que en ese instante eran víctimas de los horripilantes colmillos. Otros tres yacían muertos en el suelo, con sus cuerpos destrozados.

Johnny, Edward, Ashtonius, Rot y los medonianos sobrevivientes se reunieron en un silencioso y triste grupo, en el centro de esa demencial jaula de asesinos.

—¿Qué haremos ahora? —se dolió Rot.

No hubo respuesta, hasta que, de improviso, Edward alzó animado la cabeza.

—En el «Sueño» aparecían el Huracán, el Abismo y los Enanos, pero no aparecía nada más. Excepto, claro, los «muros» que aprisionaban a Kyra —dijo.

Fue un débil rayo de esperanza.

—Sigamos buscando —decidió Johnny. Pero Edward le cogió por el brazo.

—Espera —pidió—. Tengo que pensar.

En realidad, tenía que *oír*. Oír la dulce pero angustiada voz de Kyra, que le urgía: «Ven… Ven muy pronto o llegarás demasiado tarde». «Dime dónde estás», rogó él, con la voz de su mente.

Kyra le hablaba, le decía algo que él no podía oír ni entender. «¡No te oigo!». No oyó, pero pudo ver. Kyra prisionera de los rayos y el muro, como siempre la había soñado, pero algo más. Un hombre muy alto y de siniestro aspecto, vestido como los soldados de Medon y manipulando los controles de un inmenso panel. Como ocurre en los sueños, Edward podía verlo simultáneamente de espaldas y de frente, por lo que pudo ver sus ojos, aunque estaba de espaldas. Y lo que vio en esos ojos era miedo. El Huracán, él Abismo y los Enanos. Nada más, recordó el muchacho. «Exceptuando los muros que aprisionaran a Kyra, se le han acabado los artilugios, pero ¿dónde está? ¿Dónde está?», preguntó desesperadamente su cerebro a Kyra.

Ella intentaba una respuesta, pero mil sonidos contrapuestos se interponían entre ellos. «¡No puedo oírte!». Se desesperaba al pensar

que, por minutos, esa mujer a la que amaba con una pasión que excedía los estrechos límites de lo humano, pudiese desaparecer para siempre, sólo porque los malditos sonidos de Alok le impedían oírla. ¿Sabría ella cuánto la amaba él? Se preocupó al pensarlo. Y decidió decírselo. «¡Te amo, Kyra!», gritó estentóreamente su cerebro.

Y entonces ella sonrió. Su sonrisa pareció barrer las criminales interferencias y él pudo oírla.

—¡Por allá! —gritó a los otros, señalando una pared aparentemente lisa.

Pero él sabía dónde presionar para que un panel se corriera.

Cuando eso ocurrió, todos pudieron ver.

CAPITULO IX

Al fondo, Kyra tras el muro de antimateria. En primer plano, de espaldas y a no más de seis metros de Edward y los suyos, el hombre alto y aterrorizado, oprimiendo botones que ya de nada le servían.

—¡Alok! —alcanzó a gritar Rot.

Veloz como un felino, el tirano se volvió hacia ellos. Su mano empuñaba una especie de pistola de rayos láser, cuyo gatillo oprimió largamente. Johnny, Rot, Edward y la mayoría de los medonianos, que eran jóvenes y rápidos de reflejos, pudieron lanzarse al suelo a tiempo. Ashtonius y dos hombres más no llegaron a hacerlo.

Desde el suelo, ciego de furia al ver desintegrarse al noble sabio gracias al cuál él estaba allí, Edward apretó el disparador de su arma y desintegró al sanguinario tirano.

Y siguió lanzando su rayo de la muerte sobre el panel de horrores que había permitido a Alok mantener prisionera a Kyra y matar a Karl y a tantos medonianos. La llama verde bailoteó durante unos instantes sobre botones y pantallas, hasta prender aquí y allá. Unos segundos más tarde, una tremenda explosión acabó con todo.

También con el «muro» que aprisionaba a Kyra.

Arrojando al suelo el arma, Edward se precipito hacia ella.

—Soy Edward…

—Lo sé, lo sé. Desde siempre te he esperado.

Él combinaba los besos y el estrecho abrazo con las miradas que, de preocupadas, acabaron siendo gozosas. Sí, Kyra no era un símbolo o una abstracción, sino una bellísima muchacha de carne y hueso. Johnny, Rot y los pocos sobrevivientes medonianos contemplaban en conmovido silencio la escena.

Pero las efusiones no podían continuar por mucho tiempo. Había

mucho por hacer aún, y también mucho por preguntar.

—¿Por qué te tenía prisionera Alok?

Ella sonrió y toda la Vía Láctea sonrió con ella. —Tú sabes que Medon es el planeta del Bien y del Mal Absolutos. Tenemos tradiciones y leyendas. Y símbolos, muchos símbolos. Desde tiempo inmemorial una mujer es el símbolo del Bien y la leyenda dice que sólo poseyendo a esa mujer el Mal será absoluto. Eso era lo que quería de mí Alok, porque yo soy actualmente el símbolo del Bien en Medon.

Edward no se atrevía a hacer la pregunta que quemaba su cerebro, pero adivinó los temores del muchacho y, acariciando su mejilla, le dijo:

—La leyenda dice también que la posesión sólo será válida si la mujer consiente a ello, ya que sólo así el triunfo del Mal podrá ser auténtico y completo —abarcó con un gesto lo que había sido su cárcel durante todo ese tiempo—. Alok creía que podría doblegar mi voluntad teniéndome aquí, pero ignoraba que yo había logrado la Comunicación.

—¿La Comunicación?

—La leyenda también dice que el Amor triunfa siempre sobre el Mal. Si la mujer acosada logra establecer la Comunicación, es decir, contactar mente y corazón con un hombre que la ame, él la salvará —miró con ojos llenos de amor a Edward— y esta vez la leyenda se ha cumplido —concluyó.

Para Rot y Johnny no todo estaba felizmente concluido.

—Aún hay zonas de Medon dominadas por los esbirros de Alok —dijo el joven—. Tengo que ir a esos lugares, anunciar la muerte del tirano y rendir a sus tropas.

—Y yo iré contigo —apoyó Johnny.

Se decidió que Edward permaneciera con Kyra y los medonianos sobrevivientes en el Palacio para controlarlo y establecer en él la central de comunicaciones planetarias de las fuerzas del Bien, ya que la existente seguía en manos de los soldados de Alok.

Ya se marchaban Johnny y Rot, cuando el mayor hizo una última pregunta a Kyra:

Por qué no había soldados defendiendo el Palacio.

—No olvidéis que Alok era el Mal —dijo muy seria—. Me rodeó y rodeó el Palacio de complicadas redes defensivas, pero no

permitió que ningún hombre estuviese aquí por temor a que el Amor entrase en el Palacio. No podía imaginar que el Amor entraría de todos modos, pese a todas sus trampas y sus rayos mortíferos.

«El más grande de todos los planetas…», había dicho Ibrahim al Hazam, refiriéndose a Medon. El gran poeta y ocultista del medioevo, que en tantas cosas había acertado, se equivocaba en ésta. Medon resultó ser un planeta pequeño en tamaño —seis veces más pequeño que la Tierra—, y poblado por no más de un par de millones de habitantes.

Cuatro días terrestres fueron suficientes para que Johnny, Rot y los miles de hombres que les siguieron acabaran con los últimos focos de resistencia de los sicarios de Alok. Muy pronto, un gobierno libre, del que formaba parte un hermano mayor de Rot, se dispuso a regir los destinos del planeta, una vez más ganado para el Bien.

Entonces llegó el momento de que Kyra expresara otras preocupaciones.

—La Tierra corre grave peligro, Edward.

—¿Qué dices?

—Tu planeta está al borde de la destrucción —el muchacho recordó de golpe lo que Ashtonius le relatara acerca de la Tercera Luna, la Tercera Guerra que ocurriría durante el siglo veinte, pero quiso asegurarse.

—Explícame lo que quieres decir.

—Las gentes de Medon tenemos muchos medios de comunicarnos con los seres vivos de otros sistemas y planetas. Tú lo sabes, porque uno de esos medios es el que nos ha permitido comunicarnos a los dos. Pero, además, algunos de entre nosotros podemos atisbar en el Tapiz…

—¿El Tapiz?

—Una forma de llamar al Tiempo. Un Tapiz que se enrolla por un lado y se desenrolla por el otro… para hacerlo a la inversa en otras eras. Bien, leyendo en las mentes de algunos de los seres humanos que gobiernan los estados sabemos que esa horrible destrucción está a punto de comenzar.

—Eso sería horrible…

—Aún puede evitarse.

Edward miró a Kyra sin comprender lo que la chica trataba de

decirle.

—¿Evitarse…? No te entiendo.

—Si tú y Johnny volvéis a la Tierra y explicáis a esos gobernantes…

Edward hizo un gesto de impotencia.

—No conoces a nuestros gobernantes —dijo—. No sólo no nos harían caso, sino que nos encerrarían en un manicomio.

—¿Es que no creen en las profecías?

—Creen en lo que les conviene.

—Sé que no todos los gobernantes de la Tierra son servidores del Mal, también los hay que sirven al Bien. Si te diriges a ellos…

—No, querida Kyra, no es tan sencillo como aquí, en Medon, donde unos son buenos-buenos y los otros malos-malos. Allá… Bueno, podríamos decir que son todos regulares.

—No te entiendo.

—Ni te pido que lo hagas. De todos modos, yo iré a la Tierra e intentaré…

—Y yo iré contigo.

—Kyra, eso es demasiado. Tú aquí tienes una importante función que cumplir. Eres el símbolo del Bien, no puedes irte.

—No hay Bien, sin Amor. Y tú eres el Amor.

—Volveré por ti.

—No, Edward, sabes bien que no podrás volver, aunque quieras hacerlo. Yo iré contigo a la Tierra y allí viviremos el Amor. Aquí, mi misión ya está cumplida. Allá puede que contribuya a que los gobernantes sepan del peligro que les amenaza.

—Sabes que no quiero separarme de ti…

—Entonces, sólo nos queda ponernos en marcha.

No bien pisar la Tierra, Johnny y Edward fueron detenidos y procesados. Kyra se convirtió en objeto de curiosidad pública, aunque la inmensa mayoría de los periodistas creía que se trataba de una muchacha terrestre, contratada por alguna multinacional para servir como «gancho» en su próximo lanzamiento publicitario a escala mundial.

Un hábil abogado, patrocinado por el Círculo Cósmico, obtuvo de inmediato la libertad bajo fianza de Edward. Johnny, por ser militar y responsable directo del robo de la aeronave, no pudo beneficiarse de ella. Además, se le acusaba de ser responsable de la

muerte del sargento Karl Müller.

La opinión pública, como siempre dirigida por el periodismo, estaba dividida entre los que creían que todo era un montaje publicitario y que la nave robada se había limitado a dar vueltas por el espacio, y los que querían creer en la existencia de Medon y todo el resto de la historia. La mayoría de los que querían creer se contaban entre los lectores de las revistas del corazón. Los intelectuales y los sabios de todos los países se reían a carcajadas del «cuento de Medon».

Kyra y Edward, entretanto, con el apoyo incondicional de los miembros del Círculo Cósmico, intentaban desesperadamente llegar hasta los más altos gobernantes de la Tierra para hacerles llegar su angustia ante el próximo holocausto nuclear que los videntes medonianos anunciaran —coincidiendo con otros muchos videntes de la Tierra—, para los últimos años del siglo XX.

En Washington debieron someterse durante una semana a todo tipo de interrogatorios y exámenes psicofísicos por parte de «especialistas» de la CIA. Cuando éstos se convencieron de que no se trataba de una maniobra de la KGB. —«No pasan de ser un par de chalados sin mala intención», tranquilizó uno de los jefes al Pentágono—, permitieron a la pareja que se entrevistara con un asesor en materia internacional del Presidente. Este, a sus 91 años de edad, recibía a muy poca gente.

—Señor —empezó Edward la entrevista—, es de la máxima urgencia que los gobernantes de los Estados Unidos se conciencien de la amenaza terrible que se cierne sobre nuestro planeta. Kyra podrá explicarle con mayor detalle el cúmulo de evidencias que indican que el fin está próximo, lo que…

El asesor lo interrumpió con un gesto nervioso.

—Hay algo de mayor importancia que deseo preguntar a la señorita.

—¿Más importante que la inminente destrucción de la Tierra, señor? —se atrevió a asombrarse Edward.

—Sí, más importante —fue la seca respuesta.

Kyra, entretanto, ajustaba los controles de su «*Translator*» para no perder detalle de la trascendental pregunta.

El asesor presidencial no demoró en hacerla.

—¿Estaría dispuesto su gobierno a autorizar en el territorio de

Medon la instalación de bases norteamericanas?

En Moscú les fue aún peor, aunque el comienzo de la visita pareció promisorio.

Fueron recibidos con bombos y platillos, concediéndose a Edward el «Gran Premio de la Paz Intergaláctica». A Kyra se la designó «Primera Proletaria del Espacio», invitándola a presidir la inauguración de un «Congreso Interespacial por la Paz Total y Sin Demoras».

Las dificultades comenzaron con las primeras conversaciones que la pareja mantuvo con los representantes del Primer Secretario —a sus 95 años, el Primer Secretario sólo recibía a su médico de cabecera.

—¿Qué dicen las predicciones de Medon sobre el inicio de la guerra nuclear terrestre? —quiso saber el camarada Kilganovich.

—Las predicciones no hablan de los comienzos de la guerra —se disculpó Kyra—, sino de su horroroso final.

—Bien, bien, lo del final no es tan interesante —se impacientó el camarada Petrov, jefe del grupo—. Lo que nos interesa es saber quién ataca primero.

—Lo lamento —terció Vilinov, que era el más joven y amable de los tres—, seguramente algunas de esas profecías… en lenguaje hermético, se entiende, dirá con toda claridad que los agresores serán los Estados Unidos.

—Pues no, no lo dicen.

—¿Dicen, acaso, que el agresor será la Unión Soviética? —tronó Petrov.

—No, no; en absoluto.

Pese a la conciliadora respuesta de Kyra, ya no pudo recomponerse el clima amable de los comienzos. Aunque el joven y amable Vilinov lo intentó.

—Durante la estancia de ustedes en Washington —preguntó a la pareja, con el evidente fin de hacerlos nuevamente simpáticos a los ojos de su jefe—, ¿tuvieron oportunidad de comprobar que la agresión norteamericana a la Unión Soviética es inminente?

Cuando los dos negaron con la cabeza, toda posibilidad de diálogo constructivo quedó rota.

En cuanto a las Naciones Unidas no pudieron hablar con ningún funcionario, porque se hallaban en receso. Cuando los periódicos

anunciaron que la OTAN iba a realizar las maniobras más grandes de su historia junto a la frontera de la República Democrática Aleman a y que las fuerzas del Pacto de Varsovia harían lo propio junto a la frontera de la República Federal Aleman a, Kyra y Edward comenzaron a pensar que nada más podían hacer por los habitantes de la Tierra.

Que era hora de pensar en irse.

El problema era Johnny. No podían irse sin él. Y Kyra, por su parte, seguía pensando en que «algo» podría hacerse, si no por todos los terráqueos, al menos por algunos.

Decidieron trasmitir sus temores y sus deseos a los miembros del Circulo Cósmico.

—La Tierra se encamina irremisiblemente hacia su fin —concedió uno de los «viejos»—, pero ¿qué podemos hacer nosotros para evitarlo si los gobernantes no sólo no se preocupan, sino que parecen gustar de ese fin?

Hubo unos momentos de silencio y dubitativos movimientos de cabeza, que rompió uno de los miembros «jóvenes».

—Al menos, podríamos salvarnos algunos de los que no queremos la guerra, sino la paz. O el Bien, en lugar del Mal, como diría Kyra.

—¿Y cómo podríamos salvarnos?

—Yéndonos a Medon.

Kyra y Edward acogieron con entusiasmo la idea, siempre que se incluyera entre los viajeros a Johnny.

—Pero Johnny está en la cárcel —interpuso un «viejo».

—Le sacaremos de ella —afirmó de inmediato un «joven».

El proyecto fue, finalmente, aprobado por unanimidad.

Cuando Johnny fue informado de él, se negó a huir ya que, dijo, «soy un militar y debo cumplir con mi deber». Pero cuando le recordaron que la condena mínima que iba a recibir era de veinte años de prisión mayor y que eso significaba que nada más que morir en su celda a causa de las radiaciones era lo que podría hacer por su Patria, accedió, no sólo a participar en el viaje, sino también a «conseguir» la nave necesaria para él mismo.

EPÍLOGO

—Querida… Ya estamos en Medon.

—Sí, a salvo de la guerra.

—Me horroriza pensar que millones y millones de seres humanos van a morir por culpa de la estupidez…

—Nada podemos hacer para evitarlo. Hemos intentado todo, sin conseguir nada.

—No digas eso, Kyra. Al menos nosotros, Johnny, y dieciocho parejas con sus hijos están a salvo aquí, gracias a tu generosa idea de ir a la Tierra para avisar de la hecatombe.

—Todos los humanos podrían haberse salvado.

—Podrían, pero no han querido. La violencia forma parte de sus vidas, necesitan tener guerras de cuando en cuando.

—Pero ésta acabará con todo rastro de vida.

—Ellos no lo creen así. Piensan que será una guerra como las anteriores… que dejará suficientes sobrevivientes como para poder hacer otra guerra más adelante.

—Pero nosotros sabemos que no es así. Que ésta será la última. Que la vida en la Tierra desaparecerá para siempre.

—Para siempre, no, querida. Algún día las radiaciones habrán desaparecido totalmente y entonces nuestros hijos, o los hijos de nuestros hijos, volverán a poblar la Tierra. Y como se habrán criado en el Bien, sin conocer la guerra, construirán en la Tierra un mundo de paz.

F I N



ERIC SORENSSEN es uno de los seudónimos utilizados por Juan Manuel González Cremona, (1934) Mar del Plata (Argentina). Que es un guionista de cómic, novelista y ensayista, de origen argentino radicado en España, y que ha usado seudónimos como **Roy Callaghan, Pablo de Montalbán, Folco Guarneri, Anthony Legan, Ronald Mortimer, Eric Sorenssen y Ana Velasco**.

Tras abandonar unos estudios de Medicina que debían conducirlo a la psiquiatría, trabajó como redactor publicitario y más tarde, se dedicó al periodismo llegando a ser subdirector de un periódico de la misma provincia en la que después ocuparía el cargo de director de Prensa. Desde hace años instalado con su familia en España, trabajó para diversas, editoriales y también para TVE como guionista del programa «300 millones». Apasionado por la historia, se dedica desde hace tiempo a contarla, y lo hace con amenidad pero, también, con el máximo rigor. Ha publicado, entre otros libros, *Bastardos reales, El trono amargo, La cara oculta de los grandes de la Historia, El azar y la Historia, Juan de Austria, héroe de leyenda, Teodora de Bizancio. El poder del sexo, Amantes de los reyes de España y Amantes de los reyes de Francia.*

Notas

[1] Cita incompleta de Shakespeare. Dice Hamlet: «Hay más cosas en el Cielo y la Tierra que las que sueña tu filosofía, Horacio». *(N. del A.)* < <